Destellos desde el crepúsculo

Trayectoria de Ángel Montañez Aguilar en Cetys Universidad

Alberto Gárate Rivera | Néstor de J. Robles Gutiérrez
(coordinadores)

Destellos desde el crepúsculo

TRAYECTORIA DE ÁNGEL MONTAÑEZ AGUILAR EN CETYS UNIVERSIDAD

Alberto Gárate Rivera
Néstor de J. Robles Gutiérrez

(coordinadores)

EDITORIAL
CETYS
UNIVERSIDAD

CETYS
UNIVERSIDAD

Dr. Fernando León García
Rector del Sistema Cetys Universidad

Dr. Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Jorge Ortega Acevedo
Coordinador del Programa Editorial

Destellos desde el crepúsculo:
Trayectoria de Ángel Montañez Aguilar en Cetys Universidad

D. R. © Los autores
D. R. © Programa Editorial de Cetys Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.
Calzada Cetys s/n, Colonia Rivera,
C. P. 21259, Mexicali, B. C.
www.cetys.mx

Primera edición, diciembre de 2021

Transcripción, edición y diseño: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Corrección de estilo: Doris Becerra Polio
Diseño de cubierta: Rosa Espinoza
Foto de cubierta: Archivo Histórico de Cetys Universidad
Ilustraciones de interiores: Enrique de J. Linares Tovar

La presente es una edición de distribución gratuita en el marco del Homenaje al Ing. Ángel Montañez Aguilar, llevada a cabo el 14 de diciembre de 2021, en el campus Mexicali.

IMPRESO EN MÉXICO / *PRINTED IN MEXICO*

CONTENIDO

Presentación 5
Fernando León García

Prólogo. Dígales que quiero Ser 9
Alberto Gárate Rivera

I. El mundo de Ángel Montañez: La década de 1960 15

II. El espacio para la enseñanza
y el principio de la confianza: La década de 1970 31

III. La imprescindible presencia del formador
de directivos: Un Cetys en franco desarrollo 47

IV. Los referentes que forman a un formador:
Un Cetys en transición al siglo xxi 61

Coda. La misión de un formador de personas:
Ángel Montañez en sus propias palabras 77

La comunidad Cetys lo afirma: Cinco testimonios
sobre Ángel Montañez 89

PRESENTACIÓN

Fernando León García
Rector del Sistema Cetys Universidad

La vida de Ángel Montañez es admirable. Más de una vez ha contado cómo surgió de Palaco, Mexicali, de una situación precaria en donde vivió una infancia y una adolescencia muy modesta, en una casita de cartón. Sin embargo, como caso excepcional, al igual que el de otras personas de origen humilde, fue gracias al empeño, el esfuerzo, la dedicación, el trabajo tesonero, constante y paciente, parte suya y parte de su familia, que a través de los años logró desarrollarse y salir adelante. Nuestra institución, Cetys, ha sido testigo de su crecimiento y trayectoria.

El hecho de haber vivido en la precariedad en la etapa temprana de su vida, provocó que en su madurez profesional desarrollara una cualidad, un sentido de empatía, para identificar talento estudiantil bajo esas condiciones. Así, hay muchos casos de alumnas y alumnos de condiciones modestas, pero con alto potencial, quienes, al encontrarse en su vida con Ángel Montañez, han resultado figuras de éxito en

cuanto a su desarrollo personal y profesional. Afirmo esto desde mi propia experiencia, pues he tenido la fortuna de ser uno de ellos. Cuando finalizaba la secundaria, a punto de pasar a la preparatoria, y no siendo de familia pudiente, tuve que concursar, así como muchos alumnos y alumnas, para lograr una beca. Una vez ingresado a la institución, una figura constante a lo largo de mi desempeño e interacción con Cetys Universidad ha sido Ángel Montañez. Siempre estuvo ahí, y cuando digo que siempre, es desde el principio.

A lo largo de mis estudios de preparatoria desarrollamos una relación bastante cercana, por supuesto, con respeto a esa figura del maestro, pero en donde había mucho aprecio mutuo y en donde cada oportunidad que había para poder motivar a involucrarme a buscar salir adelante, ahí estaba el ingeniero Montañez. En 1972, mi primer año de bachillerato, fue un momento de transición de la Preparatoria del Cetys. Ocupaba la dirección Iván Espinosa Díaz Barreiro, quien partía a estudiar la maestría, y se quedaba en el puesto Ángel Montañez. A pesar de su cargo, llevamos una relación muy cercana. Eso me llevó, a partir de la involucración y dedicación, no sólo a la cuestión académica sino a las actividades extracátedra, de alguna manera intentar emular las figuras de estudiantes o alumnado integral de Cetys Universidad. Cuando ingresé a la Escuela de Ingeniería, él siguió como figura académica, pues tuve la fortuna de que también me diera clases de Cálculo, de tal forma que continuó el vínculo con él. A medida de que fui avanzando dentro de Cetys Universidad, la interacción fue cambiando. Me mantenía como estudiante en licenciatura, y al mismo tiempo fui profesor de asignatura de la Preparatoria, luego *coach*, Coordinador de Deportes, etcétera.

Lo que puedo resaltar de Ángel es la modestia, la humildad y la experiencia, la paciencia, capacidad para escuchar, empatía, y también mucha capacidad de integración de

múltiples aspectos y temas. Además de estos valores, yo diría que su versatilidad lo ha mantenido vigente. Uno habla de aprendizaje para la vida, de aprender a aprender, eso ha sido algo que lo ha caracterizado. Su inquietud por aprender lo mantiene vigente en los temas más disímbolos, tales como: teorías en recursos humanos o, sistema de acreditación.

Su capacidad de relacionarse en otros ámbitos externos le ha permitido, a través de un posicionamiento refinado e indispensable, ser una persona instrumental para la institución. Si uno habla de ciertas administraciones o autoridades dentro del Estado, lo recuerdan positivamente. Si uno habla de la Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior (FIMPES), la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) y de la Secretaría de Educación Pública, igual. Así, su capacidad para relacionarse y posicionar a nuestra Institución de una manera muy favorable y estratégica, es algo que también hay que resaltarlo y reconocerlo. Es un gestor de alto nivel.

Creo que lo que se podría resaltar, al final de cuentas, es que es un prototipo de una figura que ejemplifica el *sí se puede*, la entrega de espíritu de equipo, el de amor a la camiseta, la pasión por una causa y la capacidad para relacionarse íntegramente, porque, además de que era directivo, profesor y mentor, se involucraba también como deportista, destacando en el basquetbol, el softbol y, más recientemente, en las carreras de fondo.

Me gustar mucho la analogía que utiliza Jack Welch, cuando dice: "En grandes esfuerzos o empresas que uno decide lanzar, uno por ciento es de inspiración, pero 99 por ciento es de trabajo tesonero y de esfuerzo sistemático, que te permite que logres las cosas". Ángel Montañez cumple a cabalidad esta fórmula. Su labor como mentor es un atribu-

to muy importante a lo largo de la evolución del Cetys; es una figura que conoce y refleja la tradición en todo aquello que valga la pena subrayar, además de gran conocedor de la historia de la Institución.

Siento una satisfacción de que las circunstancias nos permiten honrarlo en vida. Por sus incontrastables logros y lo que representan, es lo que puede significar para otros que luego vengan; es una figura que no se disipará en la historia de la Institución. Afirmo que su trayectoria será una fuente de inspiración, de reflexión, de ejemplo, de lo que Cetys mismo busca hacer en cuanto a ser reconocida como una institución formadora de personas. Preciso: ya lo es.

Ángel Montañez, el hombre que logró desarrollar una trayectoria excepcional, es desde ya un valor histórico de Cetys Universidad.

PRÓLOGO.
DÍGALES QUE QUIERO SER

Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico de Cetys Universidad

Soy ese junco, dúctil y resistente, simple y complejo, árido y húmedo. Soy ese junco que evita la erosión, que contiene el deterioro, que sufre y se dobla, pero no se doblega, ni se rinde, ni se fractura. Soy ese junco que da vida, que sirve al otro, que permanece. —AGR

Al finalizar la presentación del libro *Vestigios de una felicidad jubilada* (2021), llevada a cabo el pasado mes de octubre, Ángel Montañez Aguilar no se quedó al ambigú, algo raro en él, que gusta de la convivencia y de pinchar algún queso, una aceituna jugosa, un buen jamón. Al verlo que se marchaba, lo acompañé por la explanada del edificio del Centro de Excelencia en Innovación y Diseño (ceid), del Cetys, campus Mexicali, camino al estacionamiento. La tenue luz de una lámpara me traía su rostro entre sombras.

—¿Qué le pareció la presentación? —le pregunté a manera de despedida.

Su mano izquierda se tocó la garganta como para aclararla. Apenas salían frases huecas. El hombre no podía hablar. Entonces me percaté de sus ojos enrojecidos.

—Me movió muchas cosas, Gárate. La vida de Liborio me hizo recordar la mía —me dijo cuando la emoción le dio una tregua de segundos.

—Ya, no demore más, escriba sus memorias. Yo le voy a ayudar.

El hombre se fue con esa promesa en el pensamiento. Sus pasos se perdieron en la penumbra de una noche sin un calor insensato.

Días después, el rector Fernando León García, que lo conoce desde la década de los setenta del siglo pasado y reconoce el papel que ha tenido Montañez en la historia del Cetys, le dijo a su staff que había llegado la hora de hacerle un homenaje de despedida al hombre poseedor de dos récords: el empleado más antiguo (las evidencias muestran que ya era profesor de asignatura en 1967), y el de mayor edad (77 años cumplidos en este 2021). El tiempo de mostrar cómo la árida soledad de un deseo se había convertido un campo fecundo y productivo, tocaba las puertas de la Institución.

No es poco el talento estudiantil que anda por ahí, en potencia. Los problemas para desarrollarlos pueden ser múltiples. En lo primero que podríamos pensar es en las condiciones en las que viven esos estudiantes talentosos. Para algunos es favorable, con familias constituidas que generan una buena calidad de vida. A la vuelta de los años reconocemos a los científicos, grandes arquitectos, escritores consolidados. Para otros muchos el contexto actúa como una máscara que los cubre y que no los deja respirar con tranquilidad. La pobreza los ahoga. Puede que nunca

lleguen a saber que podrían haber descubierto la fórmula que cura el coronavirus.

El actor de una infancia y adolescencia definida por él mismo como paupérrima, y hoy día poseedor de esos dos récords en Cetys, y padre de cuatro hijos talentosos y exitosos, es capaz de afirmar con una voz matizada por la convicción: *Muchos de ellos no se animan. Yo sí me animé.* Y en su trayectoria profesional tomó como estandarte el hacer lo necesario para que los jóvenes que cuya fórmula se constituye de pobreza económica y de un notable talento intelectual, reconozcan sus capacidades y se animen.

Destellos desde el crepúsculo es un texto para recuperar alientos. La vida de una persona no se puede contar toda, se cuenta a destellos, a ráfagas de luz que traspasan las baldosas de la memoria. Y se hace con mayor sentido desde el crepúsculo, cuando esa sustancia inexorable llamada vejez cubre la piel y las venas. El alba define lo que queremos ser, el crepúsculo nos dice si la idea se materializó y o si casi nada se salvó de los estragos. *Dígales lo que quiero Ser*, es un imperativo al que se sujetó el personaje central de esta historia. Lo ocupaba para salir de una condición paupérrima; lo ocupaba para apretar los dientes y para levantarse de la árida pobreza que crepitaba en su conciencia de adolescente; lo ocupaba, ya en su edad adulta y dueño de una trayectoria laboral exitosa, para enarbolar el testimonio como estandarte y mostrarles a otros que la afirmación *Dígales lo que quiero Ser*, los puede llevar a otro sitio.

Destellos desde el crepúsculo genera una conciencia histórica. En ese mundo no caben las coincidencias. Un instante y una decisión, y el futuro se desgrana sin una ruta única, más bien se fabrica meandros que ameritan explicación a cada giro del cauce. Meandro o giros de un río como el Colorado, de suave pendiente pero cuyas curvas en algunas latitudes de

su cauce, son muy pronunciadas. Los giros o cambios en el curso de la vida de Montañez Aguilar son como meandros del Colorado. La decisión de ingresar al Cetys es el primer meandro en su vida. El jaloneo en su conciencia todavía lo despierta en más de una madrugada con la pregunta flotando: ¿cómo me animé a entrar al Cetys si no tenía ni para pagar los camiones que debía utilizar para llegar a la escuela? El segundo meandro se formó cuando alguien descubrió que era un *cartucho para las matemáticas* y le dijo: *Ve a darle asesorías a los alumnos de primer año de la preparatoria*. Coger un gis y resolver problemas de álgebra en el pizarrón fueron las crepitaciones de un orgullo existencial que lo fue agrandando de forma tal que un día del verano de 1967, pudo llegar a la casa de cartón que habitaba con su madre y sus hermanas y decirles: *Soy profesor del Cetys*.

El tercer gran giro del que se animó a querer Ser, fue el más profundo y determinante: casarse con Alicia Hinojosa, la única mujer de su vida y madre de sus cuatro hijos. Nadie manejó mejor sus emociones que ella. Esa relación nació de una pregunta que salió despavorida de la garganta del que se animaba a dar clases, pero le temblaban las rodillas frente al rostro que le quitaba el sueño esa mujer: ¿quieres ser mi novia? El sí mandó la relación a un tipo de olimpo donde las cosas tienen una edad original, mientras el tiempo va envejeciendo.

El río de su vida seguía dando giros, pero siempre en ascenso. El cuarto fue la visibilidad que le dio su trabajo con los líderes del Cetys. Félix Castillo, Jesús Alfonso Marín, Enrique Carrillo Barrio-Gómez, Enrique Blancas, Fernando León. Cinco de los seis rectores que ha tenido la institución a lo largo de sesenta años, coincidieron en reconocer las capacidades de un hombre que trascendió la frase: *Ser un cartucho en las matemáticas*, lo mismo que sus habilidades para enseñar ecuaciones diferenciales de tercer grado. La con-

fianza, la responsabilidad y actuar desde la congruencia del testimonio, le dieron a Ángel la longevidad de lo indispensable. Fernando León tuvo la oportunidad de dejarlo ir por la puerta grande en el 2010, pero en su pensamiento seguro persistía la duda: ¿El Cetys será lo mismo sin la memoria histórica de Montañez? No se quiso arriesgar y lo mantuvo cerca de él para preguntarle si debía hacer esto o lo otro.

Una quinta curva, la más pronunciada de todas, la que lo constituye en toda su humanidad, son sus hijos. Tocarlo con la pregunta ¿cómo están tus hijos?, es arriesgarte a un monólogo que puede iniciar con el sol en el cenit y concluir a la media noche. Si bien tiene logros que lo llenan de orgullo, como haber estudiado en el Cetys; haber sido profesor; correr medio maratón a los 75 años; servir a los otros como lo hizo su padre (*un servidor universal tremendo*, dicho en sus términos), el rostro se salpica de luces cuando dice que Alicia es doctora con tres especialidades; que Marina sacó todos los dieces que podía haber en una brillantísima carrera; que Ángel es una piedra monolítica cuando se trata de lograr el reto de concluir una competencia de *Ironman*; y que Melissa, disciplinada y talentosa, triunfa en la industria local. Pulió esos diamantes desde un lirismo triangular que fue refinando con su esposa: amor, responsabilidad y confianza. El resto lo pusieron ellos.

Montañez rompió un círculo que se vuelve fatal para muchos. Vivir en la precariedad económica desencadena vulnerabilidades humanas que cuestan una fortuna transformar en oportunidades. Él lo hizo, incluso aprovechando las caídas; incluso modificando el contexto que le resultaba adverso. Lo admirable es que salió de esa convulsión sin una sola marca de soberbia; al contrario, gusta recordar y de ir a Palaco, aunque ya no esté la casa de cartón, solo para decirle a su nieto Mike o al resto de sus nietos: *Aquí vivió tu abuelo; de aquí salió para ser un buen ciudadano*.

Cabe traer aquí una de las joyas que se pueden encontrar a lo largo de todas las páginas del libro *Vivir para contarla*, de García Marquez: "Hay cosas que tienen su edad original mientras el tiempo envejece". Después de 58 años de vida ligada al Cetys, a Ángel Montañez Aguilar se le puede decir que: el recuerdo de lo que fuiste, la memoria de lo que hiciste, el nombre que insertas en la historia todavía joven del Cetys, tienen su edad original; dejemos pues, que el tiempo envejezca.

I. EL MUNDO DE ÁNGEL MONTAÑEZ

LA DÉCADA DE 1960

"Hijo, ya sabemos cómo es esa escuela. Tú no te sientas menor a nadie porque no eres menos que nadie; tampoco te sientas superior porque no eres superior, eres igual a todo el mundo y trátalos a todos por igual, y procura que todo el mundo haga lo mismo contigo. Quizá tengas alguna ventaja porque eres bueno para las matemáticas, hazla valer".

Ser un cartucho para las matemáticas

Si un joven de escasos 19 años se atreve a afirmar que, producto de la situación económica familiar, tiene una vida paupérrima, ¿qué o quién le puede quitar esa condición? ¿Hay manera de ser consciente que existe algo dentro de la persona o fuera de ella que puede darle un vuelco a la vida? Lo relevante de esta historia está en el descubrimiento y uso de un talento que el personaje central utilizó de manera sistemática y que sintetiza en una frase de aparente simplicidad inequívoca: *Descubrí que era un cartucho para las matemáticas*.

Lo importante de ese descubrimiento es que otros también lo vieron y fueron capaces de acogerlo. Un estudiante, Manuel Mendoza, que junto a Tohoru Kiyota, era uno de los mejores alumnos del Cetys, le dijo: *Tú deberías entrar a la prepa Cetys*. Ángel Montañez Aguilar, quien sostenía desde la lucidez de su pensamiento que tenía una vida paupérrima, no podía menos que resistirse:

—De inmediato le dije que no, obviamente porque yo era, sin discusión, el estudiante más pobre del grupo de tercero de la secundaria Francisco Zarco, que estaba en Palaco. Y el Cetys, siendo una escuela de paga, no era para mí. Yo sabía que, ni aun consiguiendo un porcentaje alto de una beca, podía solventar los gastos. "Imposible", le dije a Manuel, y se lo agradecí.

Manuel Mendoza, además de ser un estudiante con un muy alto promedio de calificaciones en la preparatoria del Cetys en ese lejano 1963, tenía intuiciones claras. Sabía que

la Institución buscaría la calidad educativa a partir de tener estudiantes talentosos, sin importar su condición económica –él mismo era muestra de ello– y, por otro lado, había amasado una certeza: Montañez se destacaría por sus capacidades en el manejo de los números y las complejas fórmulas de la física y las matemáticas. La fortuna y el azar trazaban la primera línea del camino. La segunda, tendría que ponerla Ángel, al decidirse dar un paso que signaría su vida para los años por venir.

—Apenas terminada la secundaria, Manuel me insiste: "Debes de solicitar una beca, de seguro te la van a dar". Me entregó una solicitud. A la semana siguiente me la pidió, pero no la había llenado, pues en la parte superior decía: "Atención: Tiene que ser llenada a máquina", y no tenía máquina ni manera de conseguir una. "Tú llénala a mano", me dijo, "déjame a mí lo demás". Así lo hice en ese momento. Una semana después regresó con la solicitud llenada a máquina eléctrica. Lucía impecable. La había llenado Rosita Garcilazo, la secretaria del rector Fernando Macías Rendón. Ante eso, ¿qué pensé? Que la cosa iba en serio.

Su padre, en algún tiempo peón de la construcción y albañil, y en otro, velador, se aterró más al ver aquella solicitud. Sus palabras trataron de ofrecer alguna resistencia desde su prudencia de hombre carente de recursos económicos: *No, cómo te voy a firmar eso, qué vas a hacer tú a esa escuela, no tengo dinero para apoyarte*. Debió haber visto una expresión de la determinación en los ojos de su hijo porque, apretando los dientes y rumiando en las horas de la noche, la firmó. Allanado ese camino, a Ángel le quedaba enfrentarse a las reglas de la escuela. Le ofrecieron 70% de beca, pero pagar 30% restante, sumado a cuatro camiones que debía tomar todos los días desde Palaco, lo hicieron dudar. En ese sisma de confusiones, llegó nuevamente Manuel:

—"Por lo pronto tú acepta", me dijo, "y ya veremos cómo le hacemos". Él mismo me llevó al Cetys y me presentó frente al rector, quien nos saludó y nos llevó con la contadora Elvira Alanís, y le dijo: "Ayuda a este muchacho en lo que puedas para que se inscriba". Fue ella quien hizo el favor de autorizar mi inscripción. "Con lo que traigas", me dijo. "No, pues traigo tres pesos para el camión de regreso" le respondí, "y es todo".

Aun teniendo la oportunidad de ingresar a la escuela Normal Nocturna del Estado (formadora de docentes), Montañez jugó con el azar. La decisión la tomó hasta el último minuto. Los contrapesos jalaban hacia la sensatez, de cierta manera, de no alejarse de su entorno suburbano pero… Lejos de Palaco –un poblado que tomó su nombre de las primeras sílabas de la compañía Pacific Land Company, asentada ahí– es una zona de la ciudad territorialmente distante del centro histórico, con rasgos predominantes de un poblado rural; lejos de su andar cotidiano, de sus dominios; lejos de sus sueños originales. Sí, pero…, a un joven como él otro joven lo había descolocado de sus coordenadas y, esa novedad de un riesgo sin cálculos, se filtraron y acicatearon su espíritu.

—Platiqué con mi papá y mi mamá sobre si me inscribía en la Normal o en el Cetys. Mi mamá me dijo que donde quisiera: "La situación va a ser la misma, de todas maneras, no vamos a tener para apoyarte". Mi papá me dijo: "Yo lo único que te puedo ofrecer es que te seguiré apoyando como hasta ahorita te he apoyado, no hay más. De hambre no te vas a morir".

Tragando saliva, o volviéndose grande de repente, él firmó, no su padre, todos los pagarés que la contadora le puso por delante, y la puerta del Cetys se le abrió.

Un día de septiembre, todavía con la penumbra del amanecer, estaba ya en la Avenida Justo Sierra pidiendo un *raite* que lo llevara al Cetys. Tenía 19 años. Por diversas circunstancias de la vida, había perdido varios años en el trayecto escolar.

—Voy a mi primer día de clases, el 17 de septiembre de 1963. Tomo el primer camión de Palaco que salía a las 5:00 de la mañana. La ruta del camión era del Blvd. López Mateos hasta La Estrella Azul, frente al parque Héroes de Chapultepec, en el centro de la ciudad. Yo me bajaba allí y tomaba un segundo camión, ya sea por lo que hoy es el Cobach Mexicali, o bien por la Coca Cola, esquina de Justo Sierra con Aviación.

Es difícil descifrar el rostro del hombre maduro que es hoy, 58 años después de ese primer día de clases de una escuela que se convertiría en uno de los principales inventarios de su vida, acaso solo superado por la devoción que mostró siempre por la familia. Situada la memoria en esos días de septiembre, el orgullo de haber sido, trasciende cualquier otro sentimiento.

—La primera clase era Álgebra, a las 7:00 de la mañana, con el maestro José de Alba Martín, a quien le apodaban el Piolas. Era el maestro más exigente. Antes de pasar lista, nos dijo: "Para entrar en calor, ahí les va este examen". Para mi buena suerte lo contesté muy rápido y bien. Uno de mis compañeros, Marco Antonio Soberanes, quien también venía de Palaco junto conmigo, algo me preguntó sobre un problema. Al contestarle me sorprendió el maestro, y rápidamente me dijo: "Joven, para afuera". Quise explicarme. "No le estoy preguntando nada, ¡sálgase!". A las 7:15 de la mañana ya estaba corrido de la primera clase del Cetys. Si en algún momento debía de derrumbarme, era en ese.

La explicación racional tuvo cabida en el pasillo del edificio de aulas, el único que existía en ese Cetys que na-

cía del alba. En tanto salía el maestro del salón de clases, el sentimiento de desolación que embarga a todo aquel que se cree paupérrimo, lo asolaba. Cuarenta minutos definieron su destino. Caminar hacia la salida y buscar un *raite* en la calle; irse, de cualquier manera, nadie lo retenía allí; o quedarse, usar la palabra para explicar y disculparse, y demostrar valor. Se quedó. El profesor concluyó la clase y al salir lo amenazó con el clásico: *primera y última vez.* El Piolas, sin saberlo, le tocó el orgullo de michoacano y ahí mismo, ese 17 de septiembre, Ángel Montañez decidió que el Cetys podría estar muy alto, pero que no habría quién le cortara las piernas para evitar escalarlo.

No te sientas menor, no te sientas superior

Los días de la novedad del mes de septiembre fueron dando paso a otros de reconocimiento y aceptación. Un ciclo escolar anual que concluía en junio de 1964. Si la ropa de segunda que portaba, si los zapatos con agujeros en la suela que calzaba, si los tenis que no tenía para hacer deportes, si en ocasiones ni para el camión le alcanzaban las monedas. Si todo ello obraba en su contra y eso podía provocarle desencuentros y hasta afectar su autoestima, tenía que ser dúctil y creativo para encontrar los resquicios y acomodarse a las circunstancias.

—La clase de educación física se realizaba en el Casino de Mexicali, incluyendo el uso de la alberca y las canchas deportivas. Había ciertas reglas para entrar que yo no cumplía, entre ellas, que no tenía tenis para jugar basquetbol. El entrañable maestro Armando Rodríguez Carpinteiro, profesor de educación física, me hizo la concesión de ayudarle a llevar sus controles de asistencia, cargar las pelotas y todo eso. Así hice mi primer año de prepa. Obviamente me puso 10 al final del año.

Y se metió a ese mundo con una máxima atribuible a su madre, surgida de un empirismo a ras de piso de donde abreva la sabiduría: *Hijo, ya sabemos cómo es esa escuela. Tú no te sientas menor a nadie porque no eres menos que nadie; tampoco te sientas superior porque no eres superior, eres igual a todo el mundo y trátalos a todos por igual, y procura que todo el mundo haga lo mismo contigo. Quizá tengas alguna ventaja porque eres bueno para las matemáticas, hazla valer.*

Tener la ventaja de entender una ciencia podría no ser suficiente en un ambiente escolar complejo. Desde esos primeros años, en el Cetys se inscribieron hijos de empresarios que ya posicionaban sus apellidos en la parte alta de la escalinata social, lo mismo que de profesionistas exitosos donde destacaban los médicos, algunos arquitectos y otras profesiones bien colocadas en el entorno económico. Y los terceros en entrar eran los estudiantes becados, generalmente pertenecientes a la clase social media baja o baja. En el caso de Montañez, como se ha dicho, en la parte más baja de los de abajo. Había que tener conocimiento y carácter y ponerlo en juego todos los días y en todo momento.

—¿A qué clase de mundo me enfrenté? Detallo algunos elementos de la historia. En la prepa había dos grupos de primer año y uno de segundo. En cada grupo había entre 35 y 37 alumnos. Entre los tres quizás sumábamos un poquito más de 100 alumnos. En mi grupo –primero A– nos identificamos rápidamente los becados entre sí. Marco Soberanes, Óscar René Sánchez, Ángel Brassea Flores, Alejandro Rivas López, Gloria Aguilera. Éramos los del extremo inferior económico social; en el extremo superior recuerdo a Rosa Marta Gallego, los hermanos Javier Ramírez de la Mora, María Elena García, María Eugenia Uro, Carlos Postlethwaite; había otros de esos vuelos como Jorge Garza, de Monterrey, además de los foráneos que vivían en el

internado: Oscar Peralta Isidro Parra y Rómulo González. Estaban claramente definidos los tres niveles sociales. Eso se notaba solamente en la manera de vestir y en los carros, porque en la convivencia nos sentíamos muy bien. Jamás percibí algún trato diferente por ser pobre, al contrario, me trataban con mucho respeto porque yo era el asesor de física y matemáticas de varios de ellos. De hecho, así empecé mi carrera docente en el Cetys, dando asesorías a mis propios compañeros en sus casas, primero sin cobrarles, pero ya en el segundo de prepa les cobraba un dólar la hora. De ahí complementaba mis ingresos.

El pendiente de todo el año: pagar el 30% de la colegiatura

Si bien supo acomodarse entre la ropa de moda, los autos último modelo, las casas ubicadas en las zonas residenciales de lujo en las que vivían algunos de sus compañeros, las jornadas de Ángel Montañez terminaban en el espacio que hacía las veces del comedor de su casa, cuando apagaba la lámpara, y tiempo después el foco que estaba encima de la mesa, después de cerrar los cuadernos y de cerciorarse que las tareas estaban hechas. Luego se iba a dormir al catre con un pensamiento en la cabeza: ¿cómo le haría para pagar el 30% de la colegiatura? Según sus cuentas, eso debían ser 400 o tal vez 500 pesos. ¡La Virgen Purísima! Era mucho dinero.

—Cuando toqué el tema con mi madre, me dijo: "Pues ya tu papá te dijo que de su sueldo no va a haber, apenas alcanza para comer, así es que vamos a tener que ver cómo le hacemos entre tú y yo". Mi mamá lavaba y planchaba la ropa a los trabajadores de la constructora. Ya para entonces yo ayudaba en la casa. En esos tiempos, en Palaco no teníamos servicio de agua en los domicilios. La gente se surtía de los canales. Las cuadras eran muy anchas y a la

mitad de cada una había un canalito. Entonces yo acarreaba agua para nosotros y para mis vecinos. Y me daban ahí lo que ellos consideraban. De ahí salía para mis camiones y para la torta en la cafetería del Cetys. La colegiatura había que pagarla con otros ingresos. En Palaco vivíamos en un lote muy grande donde nos permitieron construir una casita de cartón. En ese lote estaba el taller donde mi papá era el velador. Mi mamá tenía gallinas y una marrana que tuvo marranitos. "Te voy a regalar el más bonito y tú te encargas de alimentarlos a todos. En diciembre ya va a estar grande. Lo vendemos y de ahí va a salir para pagar la deuda". Yo no sé por qué, pero ese marrano fue el que creció más. Lo vendió mi mamá y pagué la colegiatura. Me sobró algo de dinero y me compré unos tenis con los que ya podía participar en educación física.

El Cetys de mediados de los sesenta

Fernando Macías Rendón fue el primer rector de Cetys. Vino de Monterrey. En sus maletas traía los trajes impecables que lo caracterizaron, lo mismo que la convicción de que la buena educación empieza por las formas básicas: la puntualidad –él acuñó la frase "Hora Cetys"–, la limpieza, la buena presencia y, un detalle fundamental: el hacerse cargo del otro. Ángel lo conoció siendo alumno, pero el tamaño tan pequeño de la escuela en esos años, le da para recordarlo con claridad.

—Con todo y que era muy estricto, el rector Macías Rendón era una persona sumamente accesible. Platicaba con nosotros en los pasillos. Después de señalarnos que traíamos el pelo muy largo o andábamos mal fajados, nos preguntaba cómo vas, cómo te tratan. Veía un papel tirado y mientras platicaba, con gusto se agachaba, lo levantaba y lo llevaba al bote de la basura. Un ejemplo que arrastraba. Los profesores

seguían muy bien los lineamientos. Respecto al trato con los alumnos, era muy humano, quizá influenciado por el grupo de docentes, en su mayoría muy jóvenes.

Montañez aprendió desde la didáctica propia de aquellos años. A mediados de la década de 1960, se construía el tercer nivel del primer edificio del Cetys. Los estudiantes que tomaban clases cabeceando en una clase expositiva de historia, de inmediato se despabilaban con el ruido incesante provocado por los martillazos, el colado del cemento, o una sierra cortando madera. Había que construir un tercer piso porque toda la vida escolar se concentraba en el segundo: salones, oficinas administrativas y hasta la biblioteca. El Cetys en una caja de zapatos y en medio de una zapatería vacía (un inmenso llano despoblado).

—En ese espacio donde se concentraba todo, era muy fácil conocernos. Y volteando a la vida de los salones, los profesores seguían este patrón: por ejemplo, en clases de física o química, el maestro exponía el tema, si tenía algo de teoría nos la platicaba y nos recomendaba que leyéramos el libro; luego hacía ejercicios en el pizarrón, explicándolos, y después nos pedía que hiciéramos nosotros algunos en los cuadernos. Remataba la estrategia pasando a alguien a resolverlos en el pizarrón. Para las clases como historia, literatura o sociología, la dinámica era otra. El maestro era un expositor típico de aquellos tiempos. Teníamos que leer y cuando nos daba oportunidad, participábamos comentando un tema.

La medalla al mérito: Saber y mentalizarse

Si de algo exuda satisfacción al exigirle el recuerdo a la memoria de Montañez, es lo que ocurrió al finalizar el primer año de la preparatoria. Era un sábado de junio. El sol sofocaba las sombras y ni los moscos salían de sus escondrijos húmedos. Ángel jugaba carambola en un billar de ventanas

abiertas que estaba en el barrio donde vivía. Cuando estaba a punto de darle el tiro final a la partida, vio que una camioneta del Cetys se detenía en el mercado de la esquina. El polvo no le permitió saber quién la manejaba, pero intuyó que, si estaba en Palaco, algo tendría que ver con él.

—Salí del billar corriendo rumbo a mi casa. Acababa de llegar cuando se estacionó la camioneta que manejaba el Ing. Federico Medina, director de la preparatoria y del Departamento de Escolar. Se bajó algo descontrolado y cuando tuvo frente a él a mi mamá, le dijo que yo había ganado la Medalla de Honor, distinción que le entregaban al mejor estudiante del año. El hombre vio cómo vivía: en una casa de cartón que habíamos construido yéndonos al basurero a conseguir cajas de cartón grandes para poder construir las paredes. Mi madre, que era sumamente sentimental, se puso a llorar y lo contagió; ella lloraba por la alegría que le causó la noticia y él, muy probablemente, por comprender el impacto que la escuela podría tener en mi vida futura.

Ese éxito inicial confirmó una creencia con la que se había arropado al ingresar al Cetys.

—Después de que me habían dicho tantas cosas para que no entrara, mis hermanos, e incluso algunos maestros de la secundaria, me hice un autolavado de cerebro. Me dije: "Voy a entrar y además me va a ir bien. Yo sé que tengo muchas limitaciones económicas, pero tengo algo que los demás no tienen. Tengo un cerebro desarrollado y una facilidad muy fuerte para las matemáticas y la física, de seguro no todo el mundo lo va a tener y yo con eso me voy a defender. Soy disciplinado, voy a hacer las tareas que me pidan en el tiempo que me lo pidan. Voy a jugar las reglas que establezca la escuela y las voy a jugar bien y me va a ir bien". Con esa idea entré, de tal manera que no fue traumática la situación.

A la vuelta del primer ciclo escolar, uno de los fundadores del Cetys y primer presidente del Instituto Educativo del Noroeste A.C. (ienac), el Lic. Ignacio A. Guajardo, le entregaba la Medalla de Honor en la ceremonia de graduación de 1964. Ese recuerdo se adhiere a otro que quedó a buen resguardo en su memoria: —Poco antes de subir a recibirla, el Arquitecto Víctor Hermosillo, mi maestro de Historia de México, se percató de que yo no traía corbata, se quitó la suya y me la puso.

¿Una carrera universitaria puede ser para los jóvenes paupérrimos?

¿Para qué le sirvió la preparatoria a Ángel Montañez? Para demostrar que sí sabía y podía saber más de matemáticas, es una respuesta cierta pero corta; para demostrarse a sí mismo y a la familia que no se había equivocado en la elección echa en el verano de 1963, igual de cierta pero también incompleta. La preparatoria le había forjado un sentido de futuro diáfano como las tardes que se podían ver en esta ciudad después de haber llovido. El sentido de espera, la promesa de que la escuela nos daba algo más que aprendizajes, estuvo todo el tiempo con él cuando recibió el diploma que mostraba que se graduaba del bachillerato. Con él en las manos llegó a su casa y les dijo a sus padres: *En septiembre inicio una carrera universitaria*. Su padre no tenía otra alternativa más que creerle y, además, estar convencido que Montañez se las arreglaría como lo había hecho en la prepa.

—En aquellos tiempos teníamos una excelente maestra, Rosaura Barahona, a la postre escritora en Monterrey, que nos daba clases de literatura, filosofía, psicología e inglés. Ella era nuestra orientadora vocacional. Nos aplicó una batería de psicométricos y a la hora de entregar los resultados, a mí no me citó ni me quiso entregar mis archivos. Me dijo que no tenía

caso, que me podía perjudicar. "¿Cómo andas tú?, ¿cómo te sientes?", me preguntó. Le dije que bien y me contestó que yo podía estudiar la carrera que quisiera. Y la que me gustaba era ingeniería. Pues bien, entré a la Escuela de Ingeniería con mi beca del 90% y obviamente con el cambio de compañeros. Ya solamente iban conmigo los afines a la carrera. Entramos un solo grupo de alrededor de 30 alumnos.

En 1965, la escuela tenía apenas tres años de haber iniciado actividades académicas. El Ing. Rodolfo García Garza, que había llegado de Monterrey como parte del equipo del rector Macías Rendón, asumió la dirección de la escuela en esa primera etapa. En 1965, lo haría el Ing. Alejandro Phelts, llegado también de tierras regias. Era una época en la que había que hacer de todo, como siempre lo ha sido en Cetys, pero más acentuado porque la escuela surgía de la escasez, de tal suerte que García Garza, el director, a la vez se desempeñaba como director académico de las escuelas profesionales.

—En esa época los maestros daban entre 20 y 25 horas de clase a la semana y, además, tenían una comisión por colaborar en algo adicional, porque no había el recurso humano que se tiene hoy. Todo el trabajo administrativo y académico lo hacían los maestros y el director correspondiente, incluyendo el impartir clases. En el segundo piso del edificio los maestros tenían un espacio del ancho de un salón de clases típico, con la capacidad para siete filas de mesabancos, y ahí estaban acomodados en batería, cada quien con su escritorio. Eran muy unidos en sus chambas y jamás escuché que alguno se quejara, todos eran muy entregados a su trabajo docente y eso lo notábamos los estudiantes y lo agradecíamos. Por su parte, los maestros, por ejemplo, Rosaura Barahona, además de dar clases, era la encargada de la biblioteca y de extensión cultural. Así, todos los maestros eran multifuncionales.

El círculo y la docencia

Decir que Ángel Montañez se sentía como un pez en el agua sería exagerar un tanto. No era el estudiante más popular de las escuelas profesionales, pero su permanencia nunca estuvo en duda. Conoció muy bien la cultura del Cetys y los profesores y directores lo identificaron cuando todavía no llegaba a la mitad de la carrera. Las oportunidades acechaban y él, bien equipado con sus habilidades y capacidades para las ciencias duras, no las iba a desaprovechar.

—En 1967, Iván Espinosa y el ingeniero Marín llegaron al Cetys. Iván me pidió dar un curso intensivo de álgebra en prepa. Entonces, mi primer contrato con el Cetys fue como profesor auxiliar, ese mismo año. Después del curso de verano y en el semestre ordinario me contrató para que diera dos clases: una de álgebra, cinco horas a la semana; y otra de laboratorio de matemáticas, de dos horas a la semana.

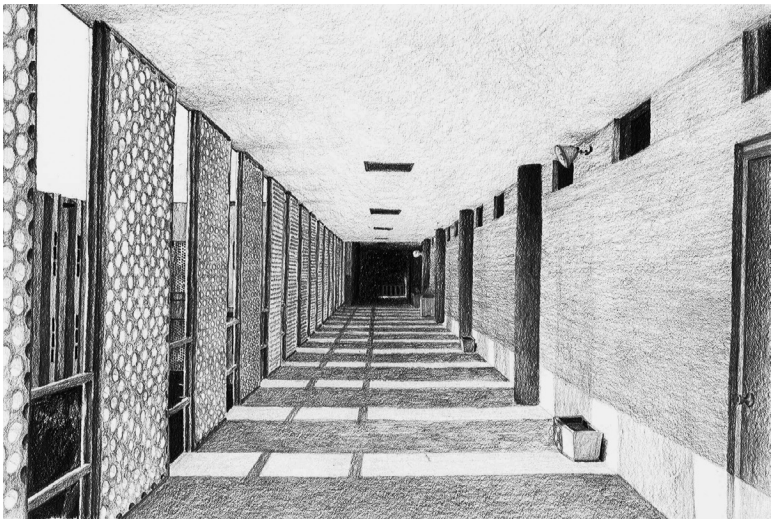
»Me pasaba todo el día en la escuela. A la 1 de la tarde que salía de clases, me iba a comer una torta a la primera cafetería que tuvo el Cetys. El tortero llegaba en una bicicleta que la tenía adaptada con una parrilla grande atrás y una canasta grande enfrente. Se colocaba exactamente en la escalera que hoy queda todavía, en el extremo que está enfrente de la actual cafetería y de biblioteca. Ahí íbamos con el *Máistro*, como le decíamos al vendedor, a comer nuestra torta en la mañana, a mediodía y en la tarde.

Alfonso Marín y Enrique Blancas, dos hombres a los que se ligaría la vida profesional de Montañez, llegaron a Mexicali en 1967; el primero en junio y el segundo en diciembre. Infinidad de experiencias viviría con ellos en ulteriores etapas de su desarrollo personal y profesional. Baste decir, para cerrar este apartado, que ambos –Marín y Blancas–, nunca vieron al joven paupérrimo que Montañez solía decir que era, sino a un

brillante estudiante, apasionado de las matemáticas, integrado al ambiente estudiantil del Cetys, con un carácter y una disciplina ejemplar que le permitían acometer los retos que la escuela y la vida le iban presentando.

II. EL ESPACIO PARA LA ENSEÑANZA Y EL PRINCIPIO DE LA CONFIANZA

LA DÉCADA DE 1970



El trabajo que se multiplicaba y que afianzaba su confianza, le creaba un nuevo horizonte en el pensamiento: estaba en el CETYS *para servir, para serle útil a los otros y para tener una calidad de vida que le permitiera educar a sus hijos sin las zozobras que provoca una casa que puede ser sacudida por una tolvanera.*

La boda accidentada

Octubre de 1969. Ángel tiene un automóvil con el cual planeaba realizar tres cosas: ir de Palaco a la iglesia El Perpetuo Socorro, ubicada en la colonia Nueva, en la ciudad de Mexicali, para casarse con Alicia, su primera y única novia. Después de la ceremonia, trasladarse al salón del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, Sección 37, a festejar ese magno acontecimiento. Por último, al día siguiente, viajar a Ensenada a disfrutar su luna de miel. El carro, un Chevrolet 1957, el primero de su propiedad, no sabía de planeaciones y así, sin más, decidió apagarse en el semáforo de una calle y no hubo humano que en esta tarde de boda lo echara a andar.

—Alicia y yo nos hicimos novios en 1966. Ese año ella empezó a ejercer de maestra de primaria. Le asignaron una escuela en el ejido Mérida, cerca de Algodones. Yo empecé a trabajar de tiempo completo en el Cetys en 1969, por tanto, viendo que nuestras condiciones económicas no eran tan desfavorables como les había tocado vivir a nuestros padres, decidimos casarnos. La boda se llevó a cabo el 18 de octubre de ese año. Fue tan especial, en el sentido de que, tanto Alicia como yo prometimos no volverlo a hacer. Una boda muy accidentada. Todo comenzó con la carcacha que tenía, mi primer carro se descompuso en el camino. Tuve que hablarle a uno de mis amigos y compañeros de generación, Ezequiel Rodríguez, el *Papús* (QEPD). Él fue a recogerme a Palaco, me cambié y a la carrera nos fuimos a la iglesia. A mi novia

fue a recogerla el ingeniero Daniel Martín Campos (QEPD) –posteriormente marido de mi entrañable amiga y compañera de generación, María Eugenia Uro– también a su casa. Llegaron tarde a la iglesia por esas cosas de las novias. El sacerdote ya estaba molesto. Finalmente se hizo la ceremonia. Como yo había echado mecánica tratando de arrancar mi carro, me lavé las manos sin el cuidado debido. Al momento de que Alicia me colocara el anillo de matrimonio, traía aceite entre los dedos. Detalle que nos dio pena.

Su madre no estuvo en la boda, como no estuvo con sus hermanos en esos momentos de su vida. Había algo en esa esencia de michoacana que era superior a su racionalidad. Los celos que le producía perder a los hijos, la hacían explotar hasta cerrarse en palabras y en la conducta a lo que acontecía.

—Mi mamá era una persona sumamente posesiva y dominante. Cada vez que alguno de sus hijos se casó, para ella fue una tragedia, un drama tremendo. Cada verano tomábamos la carretera hacia Michoacán, en donde ella se quedaba mientras pasaba la ola de calor, que no soportaba ya que no teníamos aire acondicionado en la casa. Cuando Alicia y yo decidimos casarnos, le mandé decir por carta. Ni siquiera me contestó. Llegó la fecha de la boda y no quiso ir. Cuando terminó la boda fuimos a visitarla a Palaco. Nos puso una maltratada para no olvidar. Y no dirigió la palabra a Alicia hasta años después. Sin embargo, yo seguía visitándola religiosamente, cada sábado, para darle su pensión. Comíamos, platicábamos, pero no tocábamos el tema. Finalmente nacieron mis hijos, Alicia en 1970, Marina en 1971, luego Ángel en 1974, y finalmente Melissa en 1982. La primera vez que hizo contacto mi madre con mis hijos fue en 1974. ¡Pasaron cinco años! Un día fue a visitarme mi hermano Ramón y nos dijo que ya Alicia, mis hijos y yo ya podíamos ir a visitarla. De ahí en adelante tuvimos muy buenas relaciones. Mi mamá murió en enero de 1985.

Los simbolismos de luz de 1969

El año de 1969 tiene tres simbolismos de luz en la vida de Ángel Montañez: concluye su carrera universitaria en Cetys; Félix Castillo, el rector en funciones, le otorga el tiempo completo como profesor de la Preparatoria; se casa con Alicia Hinojosa, la mujer que, de acuerdo a sus convicciones irreductibles, sería la compañera de toda su vida. Las cosas que tienen un valor, no nos vienen de las brumas. Hay que ser pacientes y trabajarlas en forma consistente. La plaza como profesor de tiempo completo se fraguó dos años antes, cuando Montañez seguía aprendiendo de manera voraz las laberínticas fórmulas y apotegmas de la ingeniería. En esos afanes lo descubren Alfonso Marín y, más concretamente, Enrique Blancas. El halo del destino le guiñaba el ojo.

—En 1968 el Ing. Blancas me dio la clase de Ingeniería Hidráulica, siendo el ingeniero Phelts director de la escuela. El año más pesado que tuve fue el ciclo 68-69, porque ya para entonces tenía una carga de 16 horas a la semana como maestro. Era el titular de la clase de Matemáticas en Ingeniería y seguía dando clases en prepa. Además, como alumno tenía 25 horas de clase a la semana. Sumándolas, eran 41 horas semanales. Para realizar mis tareas y preparar mis clases tenía que meterle tiempo extra. Añadirle a ello que me las ingeniaba para visitar a Alicia por lo menos dos horas diarias. Dar clases, tomar mis clases, hacer mis tareas, transportarme y hacer mi tesis. Porque yo quería graduarme en junio de 1969, y tenía que entregar la tesis a más tardar en mayo. Entonces fue un año terrible porque no dormía más de cuatro horas al día.

Antes de subirse a ese ascensor al que no le buscaría un mecanismo para descender, sufrió la pérdida de su padre. Si su madre le heredó ese carácter para no doblegarse ante

las amenazas, probablemente de él aprendió ese espíritu de servicio que lo caracteriza. Tenía Ángel 23 años cuando su padre falleció.

—No conocí a nadie con esa capacidad de servicio. Hasta lo que no tenía procuraba tenerlo para ayudar al prójimo.

El resto de su vida Montañez ha vivido tratando de hacer el bien, asombrado por lo que vio hacer a su padre y muy posiblemente buscando con ello honrarlo.

—En enero de 1968 murió mi padre, tenía 80 años. Su muerte se debió a un cáncer de próstata, entre otras complicaciones de salud. Su muerte fue muy dolorosa para todos. Debido a las limitaciones económicas, no pudimos realizar el velorio en una funeraria y debimos hacerlo en casa. Teníamos un porchecito que funcionaba como comedor. Ahí se acomodó la gente que nos acompañó, entre quienes se encontraban mi novia Alicia y algunos de mis compañeros de ingeniería del Cetys. El féretro lo colocamos en la recámara. A partir de ese momento, lo extrañé siempre, especialmente en mi ceremonia de graduación. Me hubiese gustado mostrarle el título de Ingeniero Industrial. No sé si me hubiese abrazado, pero el orgullo nadie se lo hubiera quitado. El dato curioso de ese evento es que mis hermanos y mi mamá fueron a la ceremonia, pero no se bajaron del carro que estacionaron frente al asta bandera. Según parece, vieron a mucha gente trajeada y muy bien arreglada, y les dio vergüenza sentarse donde estaban todos los familiares de los graduados.

En el verano de 1963 tuvo que tomar una decisión relevante: o se iba a estudiar a la Escuela Normal para ejercer la profesión de la docencia, o elegía la preparatoria del Cetys y posponía dos años la elección de una carrera. Como se consigna en capítulo anterior, se inclinó por lo segundo. En el verano de 1969, la vida le presentaba una nueva elección, quizá esta menos complicada pero no menos trascendente:

o se quedaba en el Cetys como un académico de tiempo completo, o lo convencía el resplandor de los billetes que le ofrecía Armando Gallego, propietario de Nutrimex, empresa en la que había hecho sus prácticas profesionales y en la que trabajó unos meses de medio tiempo. Ángel se quedó en el Cetys y seguramente en esos momentos no imaginaba que llegaría a constituirse en el empleado de mayor antigüedad en toda la historia de la Institución.

En ruta a la gestión educativa

Para tomar esa decisión, muy probablemente Montañez tuvo presente un taller sobre desarrollo personal y el futuro en el que había participado meses antes.

—En 1969, cuando tenía tres años de novio con Alicia, participé en un taller que organizó el Cetys en el Casino de Mexicali. Se llamaba "Plan de vida y carrera". El instructor nos puso un ejercicio de anticipación. "Piensen ustedes", nos dijo, "20 o 30 años para adelante. ¿Cómo se ven?". Escribí el futuro que entonces me gustaría tener: obviamente con Alicia, con mínimo cuatro hijos; que compraría un terreno para construir una casa, que con el tiempo le pondríamos una alberca para nuestros hijos; estudiar un posgrado y un doctorado. Ya habíamos platicado que ella estudiaría también algo más allá de la Normal, y ese era el panorama futuro que teníamos y lo cumplimos, excepto la alberca y mi doctorado, que, aunque podríamos haber hecho ambas cosas decidí no hacerlo. Cuando nos casamos, tocamos el tema de los hijos y acordamos que tendríamos cuatro. Con el tiempo se logró.

El gusto por ser profesor lo evoca con una cierta complicidad con Alicia.

—La decisión de dedicarme a la docencia la había tomado yo desde que empecé a dar clases en el Cetys, en 1967, e incluso antes de ser su novio. Se fue afianzando al ir

aumentando la carga y ver que me sentía muy a gusto dando clases. Yo andaba cansado y todo lo que quieras, pero llegaba al salón de clases y se desaparecían todos los males y se me quitaba el cansancio. Me hacía feliz cada clase. Al final salía más entero que como había entrado. La vena por la docencia que traía desde antes, con ella se fortaleció al compartir experiencias.

Pero muy pronto Montañez pasó del gusto por la docencia a otra esfera de la formación humana. Y eso ocurrió porque en 1970 se hacía cargo de manera interina de la dirección de la Escuela Preparatoria, puesto que se oficializaría tres años después.

—Cuando yo era director de Prepa, ya titular a partir de 1973, tuve la oportunidad de conocer a los mejores alumnos de la Escuela de Ingeniería. Entonces decidí reclutarlos para que dieran alguna clase en la prepa. Así contraté a Fernando León, por ejemplo, para que diera una clase de inglés; también a Jorge Barraza, a Marcia Encinas, Angélica Baldas, a Laura Delia León, a Sergio Rebollar, a Benito Altamira para que dieran clases de programación y matemáticas; a Héctor Vargas para que fuera adjunto del doctor Castillo en sus clases de física. Resultaron ser excelentes maestros, y al siguiente semestre ya eran titulares, a pesar de que seguían siendo estudiantes de Ingeniería.

»Algunos de ellos al terminar sus carreras se contrataron como maestros de tiempo completo. Por otra parte, detecté, vía Benito Altamira, a Ernesto Sánchez, el *Neto*, que había terminado la carrera de matemático en la Universidad Autónoma de Guadalajara y estaba dando clases allá y con disponibilidad para venirse al Cetys; por teléfono le ofrecí trabajo en la Preparatoria, aceptó y a mediados de julio empezó a trabajar como profesor de asignatura y a partir de agosto como profesor de tiempo completo. Otras contrata-

ciones, productos de detección temprana de talentos, fueron Alfredo Rodríguez Carrasco, el *Chodo*, a quien entrevisté por teléfono estando él en Guadalajara (UAG), se vino a Mexicali y lo contraté como maestro de asignatura de Preparatoria; a Avelina Ortiz la vi en un programa de televisión que me sugirió su tío Miguel Armenta, maestro de tiempo completo de Preparatoria, luego la entrevisté y la contraté; finalmente a David Felipe Gutiérrez, lo entrevisté como producto de una convocatoria que publicamos en los periódicos locales y lo contraté para preparatoria. Fue un periodo bonito de formación de profesores desde el punto de vista práctico, superando las necesidades que teníamos.

La productividad de la década de 1970

Montañez Aguilar fue encontrando los hilos de la cultura laboral del Cetys. Abriendo las compuertas a nuevas avenidas, la Institución buscaba los modos de imponer su presencia en una ciudad que sostenía su vocación agroindustrial, y que veía como surgía a pasos de gigante una dependencia económica con la maquiladora, lo mismo que con una población migrante que impactaba la demografía regional de una manera irrefrenable. Interminables conversaciones entre los miembros del IENAC y el rector Félix Castillo trajeron como resultado la expansión del Cetys hacia Tijuana [1972], rebosante de vida económica y de contradicciones que trae la desigualdad social, y hacia Ensenada [1975] cuya vocación por la actividad pesquera y turística marcaba los rituales económicos de su población.

El rector Castillo le pidió a Ángel que se fuera a Tijuana y se encargara del campus. Al estilo del pasaje bíblico, Montañez se negó una y otra vez, a tal grado que, con la institucionalidad a cuestas (como siempre ha sido), pero con una determinación que no admitía deslices, le dijo al rector

que si insistía en que se fuera de Mexicali, preferiría renunciar. Ambos llegaron a un acuerdo para evitar que las aguas desbordaran el canal, y fue Héctor Velarde, en ese momento profesor de tiempo completo de la preparatoria, el que emigró a Tijuana. Montañez se encontró en medio de un salón de fiestas y se llenó de él toda la década de los setenta.

—Esos años fueron muy productivos para mí. Para empezar, mis clases de matemáticas en la Escuela de Ingeniería las impartía semestre tras semestre, de 7 a 8 de la mañana. Luego me iba a mi oficina de la dirección de la prepa. Tenía mi clase en esa escuela en los huecos que quedaban, porque había que atender las necesidades de los profesores, tanto los de asignatura como los de tiempo completo.

»Clases, gestión académica, servicio institucional… había que hacer de todo, incluso proyectos especiales. El que recuerdo con mucho cariño es el de la prepa abierta. Justo en los setenta nace el Sistema de Educación Abierta del Colegio de Bachilleres de México, con la doctora Rosa Luz Alegría, y lo mismo que el Centro para el Estudio de Medios y Procedimientos Avanzados de la Educación (CEMPAE). Conozco a la doctora Alegría en un evento en México, platicamos y le propongo abrir el sistema de preparatoria abierta en el CETYS, y acepta. Estuvo funcionando con excelentes resultados desde 1973 o 1974. Era requisito ser adulto y estar trabajando. Con decirles que el primer lugar de los exámenes de admisión de la UABC lo obtuvieron las primeras dos generaciones de egresados nuestros. Resalto en esa historia la colaboración de la maestra Patricia Pacho y de Laura Delia León en diversos momentos del proyecto.

A la dirección de la Escuela Preparatoria, las clases de matemáticas en Ingeniería, los cursos que se inventaba en el plan de estudios de bachillerato, había que agregar su interés y participación en otras actividades académicas de relevancia,

entre ellas la evaluación de los docentes, que se administraba desde el Departamento de Evaluación del Profesorado. Del mismo modo, se mete a la parte neurálgica de la Universidad como lo es la planeación estratégica. Va encontrando intereses comunes con Fernando León, Alfonso Marín y algunos otros.

Transiciones de los primeros rectores

Este punto de la historia de Ángel Montañez en Cetys ofrece una de las miradas más completas que se puedan encontrar. No hay en estos momentos alguien que pueda describir eventos y expresar juicios en torno a los seis rectores que ha tenido la Institución, mejor que él. Por ejemplo, conoció a Fernando Macías Rendón siendo estudiante de preparatoria y de licenciatura. Podría parecer una relación distante, pero habrá que entender el contexto. Cetys apenas nacía y el rector era al mismo tiempo la figura central, director de escuela, profesor, gestor, tutor. Es cierto que con Félix Castillo la interacción fue de mayor calidad y profundidad. En el periodo de este rector, Montañez adquiere el estatus de tiempo completo y, además, como se ha dicho en párrafos anteriores, ocupa la dirección de la Escuela Preparatoria.

—Durante las transiciones de los rectores, fueron muy notorios los cambios de estilo. Pasamos de un Macías Rendón sumamente formal, estructurado, organizado y estricto con las reglas, una dirección más empresarial, a la llegada del Dr. Félix Castillo, que fue exactamente lo contrario: informal y coloquial, se decía *muchachero*, le gustaba mucho convivir con los alumnos y maestros. Tanto así que formó parte del equipo oficial de empleados de mantenimiento de softbol del Cetys. No era muy dado a estar supervisando y estar pidiendo indicadores, sino que confiaba en la responsabilidad de su equipo. Él no se metía mucho a los procesos, cosa que sí hacía Macías Rendón.

»El Dr. Castillo era sumamente creativo, siempre estaba buscando la manera de combinar su concepción humanista de la educación con su construcción técnica de doctor en física nuclear. Era admirable cómo llevó a la educación los principios de física con su famosa fórmula de "Educación = Información x Formación"; también fue notable su trifoco, en donde con un circuito eléctrico y unas resistencias variables que representaban la motivación, los problemas personales de los alumnos, la falta de preparación, etcétera, iba cambiando cada resistencia para ver el resultado final: el foco del circuito se iluminaba si las resistencias iban disminuyendo. En fin, una manera muy práctica de hacer entender a la gente. Yo diría que era un filósofo y un educador práctico que nos contagiaba con su manera de ser y siempre había buen ambiente.

De Jesús Alfonso Marín Jiménez se referirá en otro momento. Un tipo que asume la rectoría del Cetys siendo el primero en hacerlo como directivo en funciones. Dueño de una memoria prodigiosa, era capaz de identificar con nombre y apellido a todos los empleados del Cetys que alguna vez se lo hubieran presentado y decir párrafos completos de diferentes obras literarias. En eso tiene alguna semejanza con Montañez. Han pasado 58 años y es capaz de recordar a los profesores de los sesenta, lo mismo que algunos de los setenta. No sabemos si en estricto sentido pudieramos llamarlos profesores referentes, pero de que sacudían las conciencias de los estudiantes, no hay duda.

—En la prepa, Federico Medina, sumamente culto, muy ordenado; José de Alba, tremendo profesor; Rosaura Barahona, poeta, literata; en el área de Humanidades, Arturo Ibarra Ojeda. El propio Ivan Espinoza, que fue director de prepa hasta 1971. Pioquinto Espinosa era otro gran maestro de Leyes; Alejandro Phelts, profesor y director de la Escuela de Ingeniería. A los docentes pioneros se sumaron algunos

otros que arribaron a finales de los sesenta y principios de los setenta. Vinieron el ingeniero José de Jesús Ortega Luévano; y los contadores Dolores Hernández, Paulino Sánchez, Jesús Domínguez Pérez y Héctor Amaya. También llegaron Andrés Galindo y Jorge Camargo. Todos del Tec de Monterrey, excepto Paulino que venía de Sonora, y Dolores Hernández. Estaba también Armando González.

La familia y el principio de la confianza

Voy por aquí y no me muevo, es una frase coloquial que bien podría aplicarse a una definición de vida del Ing. Montañez. La acuñó siendo joven, y la reafirmó cuando se casó con Alicia y echó a andar en ruta a formar una nueva familia. La convicción que amasó fue esta: *Primero es la familia, después el Cetys, en tercer lugar, yo.* El momento en el que estrenó ese apotegma que se convertiría en creencia, fue cuando nació su primera hija: Alicia. Su esposa fue al sanatorio con trabajo de parto que se extendió por tres días, mismos que Ángel se desapareció del Cetys. Fue un nacimiento muy complicado y desgastante. Y él no tenía manera de despegarse de ese sitio donde se libraba una batalla entre la vida y la muerte.

—Yo siempre les dije, tanto al doctor Castillo como a los ingenieros Marín y Blancas, cuáles eran mis prioridades. A pesar de mis largas jornadas laborales en el Cetys, puedo afirmar que mi familia siempre está primero. La atención a la familia y la educación no son necesariamente lineales en cuanto a horas de contacto físico. Más que todo es contacto de calidad y ese generalmente no fallaba a la hora de la comida y la cena. Afortunadamente nos tocó tener unos hijos muy dedicados y comprensivos. Yo reforcé con ellos los principios de la confianza y la responsabilidad, y tuve magníficos resultados.

»Reconozco una variable adicional en la formación de mis hijos: mi suegra, María del Rosario Pérez. Mientras Alicia

se iba a trabajar a su escuela, la responsable de cuidar a los niños era ella. Nuestros hijos recibieron el impulso educativo a la antigüita. Eso fue clave para nosotros también. Entonces eso nos permitía irnos a trabajar tranquilamente sabiendo que los hijos estarían muy bien atendidos en la casa, claro, por la abuelita Chayo.

El círculo va disminuyendo su grosor

El adolescente paupérrimo que se sintió ser Ángel Montañez Aguilar, había dejado una hendidura en su memoria, pero solo eso. El trabajo que se multiplicaba y que afianzaba su confianza, le creaba un nuevo horizonte en el pensamiento: estaba en el Cetys para servir, para serle útil a los otros y para tener una calidad de vida que le permitiera educar a sus hijos sin las zozobras que provoca una casa que puede ser sacudida por una tolvanera. Sus ingresos económicos crecían conforme su nombre se volvía indispensable para el Cetys, y se consolidaba con el salario de maestra de Alicia. Pronto compraron una casa en Residencias y el pago mensual no mermaba otras de sus cualidades: el ahorro.

—Los setenta fueron unos años muy bonitos, de siembra, en todos los sentidos. Alicia pasaba toda la mañana dando clases en la escuela primaria anexa a la Normal Federal Fronteriza, cerca de Residencias. Ahí estuvo muchos años. Las tardes las dedicaba exclusivamente a nuestros hijos. Alicia ingresó a estudiar a la upn y fue la primera egresada de la licenciatura. Todo lo hizo al mismo tiempo, por delante atender la formación de nuestros hijos.

»El círculo de la precariedad comenzó a romperse con mi sueldo de Cetys, que inicialmente era de 4 250 pesos al mes de aquellos tiempos. Después de un semestre me hicieron un aumento fuera de serie de 500 pesos. No había ingreso extra, mis clases de 7 a 8 en ingeniería, mis clases adi-

cionales a la dirección en la prepa, mi tiempo y mi esfuerzo de generar la prepa abierta, a la que dedicaba diariamente de 7 a 10 de la noche, pues no tenían remuneración extra. Entonces nuestros ingresos eran mis 4 750 pesos más el sueldo de Alicia, fueron aumentando paulatinamente y con eso y una buena administración familiar, salimos adelante, pagando una casa que era nuestra y ahorrando para el futuro.

Sus hijas Alicia y Marina fueron de adolescentes a la preparatoria Cetys, ambas con menos de 15 años. Montañez ya no era el director, ni contrataba profesores, ni se inventaba una nueva materia. Sin embargo, desde la Dirección Educativa Adjunta, sabía todo lo que allí ocurría. Primero Alicia y luego ambas, al cumplir 16 años, llegaban en un auto que Ángel les había comprado.

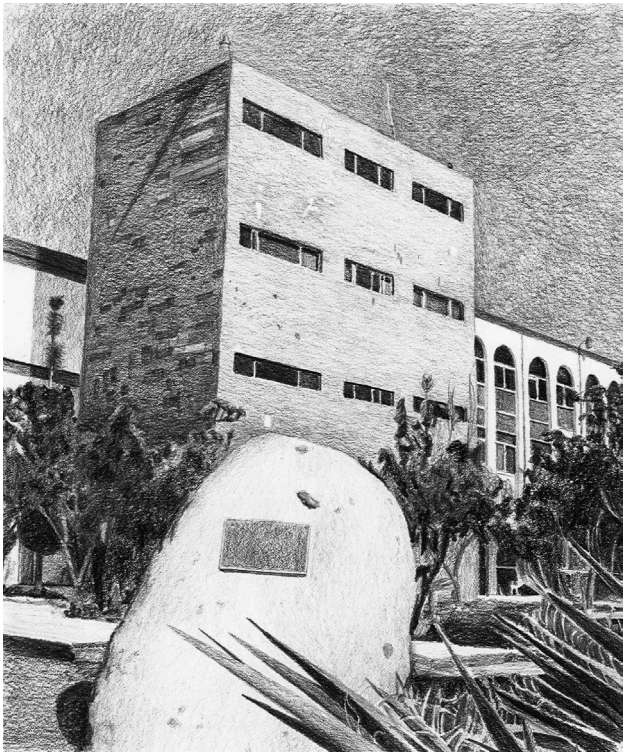
—Están muy pequeñas para que manejen, no se te vayan a desbalagar —le decían algunos de sus colegas.

—No se descarrilarán ni harán mal uso del vehículo —afirmaba categórico en la respuesta.

Sabía que su esposa, la abuela Chayo y él mismo habían trabajado con paciencia el principio de la confianza. No tenía dudas de que la responsabilidad estaría presente en ellas todo el bachillerato. El tiempo le dio la razón, como en tantas otras cosas.

III. LA IMPRESCINDIBLE PRESENCIA DEL FORMADOR DE DIRECTIVOS

UN CETYS EN FRANCO DESARROLLO



No podía ni sabía estar en esa nueva vida de comodidades y de ciertos lujos insospechados, sin retornar a las huellas que no se borraban; no podía ni quería dejar de ver las manos y el rostro de su madre que le demandaba que la acogiera. No podía dejar de ser el hijo que se olvidaba de la fragilidad en la que había vivido su familia; no podía dejar de querer a sus hermanas, que empezaban a verlo como el cuidador de sus vidas.

Aceptar los retos y meterse a fondo

Habrá personas que busquen los retos para sentirse que la adrenalina fluye en sus cuerpos; habrá otros que no los busquen, aunque sí los acepten. En ambos casos no se garantizan los resultados positivos. Habrá otras personas, quizás las menos, que acepten los retos y busquen llegar al fondo, obtener el logro esperado. Montañez cuenta la anécdota de un reto menor que vale poco en sí misma, pero que ilustra muy bien que cuando se acepta una encomienda, va de por medio la responsabilidad y hasta el honor de la persona.

Principios de la década de 1970. Jesús Alfonso Marín Jiménez era el rector del Cetys; Ángel seguía en la docencia, dirigiendo la preparatoria y participando en proyectos institucionales de relevancia. En esas circunstancias, era un hombre confiable para el rector Marín.

—Me pidió sustituirlo en una plática sobre astronomía que debía impartir a los miembros del Club de Leones. Debía hacerlo al siguiente día. En ese momento me puse a investigar. Para mi fortuna, yo había leído un poco sobre el *big bang* y el calendario cósmico de Carl Sagan. Cuando me presenté con el grupo, me puse a hablarles del calendario cósmico y de cómo se originó el universo. No me sentí inseguro porque me metí a fondo en el libro y dije *sobre ese contenido les voy a hablar*. Me dio más gusto cuando el ingeniero Marín me felicitó porque le habían agradecido que les hubieran mandado un experto. De esa manera, pues he ido sobreviviendo.

En otros momentos, los retos él se los creaba. Nacían de la necesidad o de la fiebre de innovar para seguir vigente en las elecciones de las familias que buscaban la mejor preparatoria para sus hijos. Fabricar o atender los retos exigía estar siempre en vigilia, atento a las circunstancias del diario acontecer, no ocultarse ni ocultar un problema que debía resolverse.

—Yo tenía una carga bastante abundante de clases. Siendo director de Prepa, a veces un maestro me renunciaba y si no podía conseguir otro y era de mi área, yo las tomaba, como por ejemplo, Trigonometría. Me metía al salón de clases hasta que encontraba un sustituto, y si no aparecía en el transcurso del semestre, yo lo terminaba. En mi área, salvo el tiempo que tenía que invertirle, no me estresaba. Sin embargo, estar al frente de una escuela a veces me obligaba a meterme en áreas que no eran propiamente las mías, pero que me encantaban. Llegué a dar una clase de Ecología. Y recuerdo que fue una muy bonita experiencia, les gustó mucho a los alumnos. Cada semestre me llevaba al grupo a recorrer el estado para ver los diferentes ecosistemas. Otra clase emergente fue la materia obligatoria de Comunicación, Dinámica de grupos, para prepa. Esa la creamos Francisco Villalba y yo. Ahí aprendí mucho de comunicación. Me salía de mi área cuando era necesario entrarle al quite. Mi acercamiento con estas materias no era tan profundo como las matemáticas, pero tampoco era superficial. Estudiaba el tema más allá de lo que decía el programa para tener el panorama completo. Esa ha sido una característica mía, la de aceptar retos, y una vez dentro, explorar a fondo.

Vivir del presente al futuro, ligado fuertemente al pasado

Qué duda cabe que Ángel Montanez Aguilar vivía inspirado por un futuro que se había creado en aquel taller de *Planeación de vida y carrera* de finales de los sesenta, firmado a cuatro manos con Alicia, su esposa. Pero su pasado lo constituía

por completo, lo hacía rebelarse y le daba la luz y la energía suficiente para afianzar su capacidad de trabajo y su ascenso constante. No podía ni sabía estar en esa nueva vida de comodidades y de ciertos lujos insospechados, sin retornar a las huellas que no se borraban; no podía ni quería dejar de ver las manos y el rostro de su madre que le demandaba que la acogiera. No podía dejar de ser el hijo que se olvidaba de la fragilidad en la que había vivido su familia; no podía dejar de querer a sus hermanas y hermanos, que empezaban a verlo como el cuidador de sus vidas.

—Mi padre murió en 1967. Cuando todavía vivía, mis hermanos mayores, trabajando primero de peones, luego de operadores de maquinaria pesada en la construcción de carreteras en el estado de Baja California, venían esporádicamente a Mexicali. Entonces, en la casa estábamos de tiempo completo mi papá, mi mamá, mis dos hermanas [María Luisa y Esperanza], y yo. Vivíamos con el salario mínimo de mi papá. Cuando él muere, mi mamá se queda con una pensión del Seguro Social, que no era gran cosa. Mis hermanos apoyaban económicamente en la medida que podían. Mi hermana María Luisa, la mayor, tenía una enfermedad que le afectó el cerebro y la incapacitó. Mi hermana Esperanza, dos años mayor que yo, era la que siempre le ayudaba a mi mamá en casa, lavando y planchando ropa de los trabajadores de la constructora. Esa era la típica forma de vivir. Mis hermanos regresaron a Palaco tras la muerte de mi padre. Sí aportaban al gasto familiar, pero de todas maneras, fueron épocas difíciles.

Una familia con una fragilidad manifiesta. Si soplaba un viento fuerte la haría naufragar. No había manera de olvidarse de esas condiciones cuando el salario que empezó a devengar Montañez Aguilar como profesor de una institución educativa, y no como peón de una constructora de

carreteras, le podría permitir aparentes lujos que no se daba cuando era estudiante de secundaria: comer en un restaurante, comprarse unos zapatos nuevos, llevar a la novia al cine y después comerse un helado en el Blanca Nieves.

—Desde que empecé a trabajar y recibí mi primer sueldo en Cetys, incluso antes de casarme, le apartaba a mi mamá parte de la quincena. A veces la acompañaba de compras. A medida que fue aumentando mi sueldo, pues yo le fui aumentando la pensión. Ya dejamos de pedir fiado en la tienda, por ejemplo, y de comprar ropa de segunda. El flujo de efectivo era suficiente para comprar lo necesario, incluso ropa nueva que adquiríamos en las tiendas del centro de la ciudad, entre ellas La Ideal, Don Manuel, La Nacional. La década de los setenta fue más favorable. Mi madre no volvió a sufrir de tantas carencias, así hasta su muerte en enero de 1985.

La inclinación natural del que educa

La conversación tenía que llegar a una pregunta de átomo: ¿Qué lo vuelve relevante en el Cetys? Montañez merodea la respuesta. Si bien sabe que fue cobrando protagonismo a lo largo de los lustros, la humildad con la que se condujo todos esos años no le permiten regodearse con los argumentos que le sobrarían. Por ello se asió al anecdotario y platicó la historia de la camioneta Blazer de las llantas anchas.

Siendo director de la prepa, cada semestre identificaba a los mejores estudiantes y a los de más bajo aprovechamiento. Los cinco que reprobaban una y otra vez los exámenes parciales. Lo que hacía era llamar a los padres de familia para buscar generar un compromiso común. Normalmente iban las madres. Aquella vez, un alumno en particular rayaba el abismo. Había reprobado cuatro materias en el primer periodo.

—¿Qué hacemos, señor director? —le preguntó la mujer con tono compungido.

—Trabajar en conjunto, señora. Yo le pongo un tutor todo el mes, y usted lo pone a estudiar en su casa —le contestó el directivo.

Se firma el acuerdo con un apretón de manos. Pasan las semanas y llega el segundo periodo de exámenes. El Departamento de Escolar reporta que el estudiante no salió de las penumbras. Montañez abre el sobre con ansiedad y lo que lee le genera una sorpresa mayúscula. Esta vez no había reprobado cuatro exámenes, ¡sino cinco! De inmediato mandó llamar a la madre.

—¿Qué pasó, señora? Nosotros trabajamos y cumplimos, la maestra Alba Sandra Oliva dio tutorías con su hijo, ¿qué fue lo que usted hizo? —la cuestiónó cuando la tuvo de frente.

La mujer, a punto del llanto, le pedía disculpas una y otra vez.

—Yo fallé, maestro, yo fallé. Quedé con mi hijo que si estudiaba, yo le compraría una camioneta Blazer del año con llantas anchas. Y sí le compré ese carro, pero no encontré una con las llantas anchas. De todos modos se la compré con unas llantas normales. Entonces mi hijo se enojó y no quiso esforzarse.

¡Qué bárbara! Montañez entendió que a veces las buenas intenciones no alcanzaban cuando había familias tan desenfocadas.

—Creo que mi inclinación natural de educador me convirtió en una figura relevante para el Cetys. Siempre como maestro, sobre todo como director de Prepa, revisaba los dos extremos de las estadísticas de calificaciones. Invariablemente entraba en contacto personal con esos cuatro o cinco de arriba y con los de abajo. Con los de arriba, para

celebrarlos y acelerarlos más. Y con los de abajo me reunía junto con sus papás para buscar alguna mejora. También fui estricto y cuando era necesario, suspendía a los alumnos, sin importar que fuera el hijo del gobernador, de algún maestro o algún consejero. Incluso me lo agradecían por corregir la disciplina. Yo pienso que esa relación con los padres y los alumnos influyó. De alguna manera le llegaba al rector la retroalimentación, a quien le interesaba la formación integral.

La entrada de Marín y las diferencias espaciales del Cetys

Félix Castillo llegaba a la parte final de su administración en Cetys. Fue rector durante una década, a partir de la salida de Fernando Macías Rendón, que concluyó su periodo en diciembre de 1966. A Alfonso Marín Jiménez le bastaron diez años para meterse en los espacios de alta relevancia. Primero como profesor, luego como directivo, gestor, buscador de recursos. Era un directivo que le aprendió lo necesario al rector dicharachero, y dio el brinco. Se convirtió en el primer rector que no venía del Tecnológico de Monterrey, asumiendo esa función en enero de 1978. Ángel lo conocía muy bien. A pesar de tener un contacto de mayor peso académico con Enrique Blancas, su interacción con Marín se incrementó desde la dirección de la Escuela Preparatoria. Fue Alfonso Marín el que otorgó la autorización para que fuese a trabajar con el Ing. Blancas como Director Educativo Adjunto.

—Mi reacción cuando nombraron rector al ingeniero Marín, fue positiva. Estaba en el esplendor de su carrera profesional. Hubo un momento en donde él tuvo tres direcciones: la de Avance Institucional, de Servicios Escolares y la Escuela de Ingeniería. Era poseedor de una vasta cultura y tenía una extraordinaria memoria y habilidades para comunicar. En esos momentos para mí era el más apropiado por su gran capacidad de relacionarse con los consejeros. Una diferencia

notoria es que el doctor Castillo había dejado una estela de gran convivencia humana con maestros y alumnos, incluso con directivos de otras escuelas. Se integró al equipo de softbol de los maestros, más por el barullo que por su talento deportivo. Era clásico que los viernes en la tarde entrenábamos y a veces hasta se nos olvidaba hacerlo porque nos íbamos directos a la carne asada y al barril. El doctor Castillo era a todo dar con todos. Esa característica no la tenía el ingeniero Marín, de convivir en plan informal con sus empleados. En ese sentido, se parecía un poco más a Macías Rendón, en lo caballeroso y lo formal. Pero al menos yo no tuve ninguna duda: de los internos, era el más calificado para ser rector.

La generación de Montañez: Una memoria de luces

Cuando huele el aroma del café caliente y está en modo contemplativo, cae la pregunta y Ángel Montañez Aguilar se regodea en los detalles delgados de la historia: *¿Recuerda a los jóvenes que fueron sus compañeros de salón y de aventuras estudiantiles?*

Sacarle astillas al recuerdo en este caso no es tan fácil como pelar naranjas. Han pasado más de cincuenta años y cabría no recordar, acaso a Papús, a Rosa María Lamadrid y a María Eugenia Uro, todos ligados a Montañez por una línea laboral. Sin embargo, disfruta recordar tanto como tomarse un café con un pan dulce, y si este es un cochito, mejor.

—El grupo de mi generación que nos seguimos reuniendo, mes a mes, ahora por Zoom, son María Eugenia Uro, Rolando Cueva, actualmente consejero del Cetys, residente de Monterrey, quien fue el donador del dinero para remodelar el auditorio del campus Mexicali; Homero Cuéllar Elizondo, también residente de la ciudad regia, es industrial, cuñado de Iván Espinosa Díaz Barreiro, quien fue el director de Prepa antes que yo; Humberto Bastidas Argote, maestro de prepa, exdirector de la Escuela de Ingenería de la uabc,

hoy jubilado; José Rosas Amaya, un estudiante becado que terminó la carrera y se fue a trabajar a Zahori, hizo huesos viejos hasta que se jubiló hace ya algunos años; está Mariano Robles Linares, desde que terminamos la carrera entró a trabajar a la Comisión Federal de Electricidad y ahí se jubiló; Gustavo Adolfo Pincke, que siguió los mismos pasos de Mariano en la CFE, hicieron ambos buenas carreras.

»Hay otros que han dejado de reunirse: Carlos Vargas, el Baco, tiene un problema de salud serio de Parkinson; Víctor Ángel Sandoval Trejo, alias el Gato, que se dedicó a la docencia, actualmente ya está jubilado también, vive en Mexicali y está muy ocupado cuidando a sus nietos; hay alguien más, Fernando Macías, que está en La Paz. Hemos perdido el contacto con él. Somos prácticamente todos. Los demás, han muerto relativamente jóvenes: Rosa María Lamadrid, Eduardo Rivas, Rafael Navar, Jaime Bustos, Mario Domínguez, Olegario Gaxiola, quien falleció de un ataque al corazón en medio de una clase. Sin duda, el que más nos afectó por su trayectoria en CETYS, Ezequiel Rodríguez, el Papús. De los 19 que terminamos, ya quedamos casi la mitad.

Dice eso último con un tono de melancolía. Sus ojos juegan a la complicidad y pierden el brillo por algunos segundos. Luego termina de comer su pieza de pan y sigue enfilado en el recuerdo. Toca ahora a los docentes.

—De los profesores con los que he tenido alguna relación son Enrique Blancas, Alejandro Phelts, Víctor Hermosillo, Fernando Noriega, Guillermo Ortega, de la Comisión Federal de Electricidad. Tengo la idea de que vive todavía. Está el ingeniero Cisneros, quien ya murió. Está Píoquinto Espinoza, que nos dio Derecho, tengo entendido que vive todavía. El licenciado Bejarano, ya fallecido; Rómulo Tiznado. En fin, ahí la memoria se me pierde un tanto.

La Dirección Educativa Adjunta: Otro aro de visibilidad

El Cetys seguía en ascenso a la complejidad administrativa. Entre 1984 y 1985, Alfonso Marín cumplía un primer ciclo como rector e Ignacio A. Guajardo, lo mismo que Héctor Sada Quiroga, cabezas visibles del ienac en esa década, lo alentaban a llevar a la Institución a un nivel de visibilidad nacional. Para ello era necesario dar evidencia del aseguramiento de la calidad en el servicio educativo que ofrecía, y claro, mostrar que honraba la Misión de corte humanista que se había redactado en 1977.

La población estudiantil iba en constante crecimiento, reafirmando la vocación por los programas orientados a los negocios y a las ingenierías. Emerge en esa década un tercer campo de conocimiento: las ciencias sociales, particularmente la carrera de Psicología en el campus Tijuana, así como un posgrado en esa misma disciplina. A Enrique Blancas le toca encabezar esos proyectos académicos, por ello, a finales de 1983, con su peculiar estilo, directo y de pocas palabras, le dice a Montañez: *Vente conmigo a la Dirección Educativa, necesito que me ayudes con todo esto que se nos viene*. Y Montañez ni lo pensó. Se mantenía en Cetys con retos de otra magnitud.

—A finales de 1983, el Ing. Blancas me dijo que tenía mucha chamba en la dirección educativa y me invitó a ser su adjunto. Obviamente acepté, de tal manera que a finales de ese año empezamos el proceso para seleccionar al sustituto en la prepa, que a la postre fue Ernesto Sánchez Valenzuela, el matemático. Así, a partir de 1984, empecé una labor más intensa con la Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior (fimpes), en el sistema de acreditación. Todavía no existía la Comisión Permanente de Actualización y Estudio del Sistema de Acreditación (Copea-

sa), pero ya existía el Sistema de Acreditación y ahí nos involucramos muy fuertemente en la revisión y en la aplicación del sistema. De hecho, con Enrique Carrillo Barrios-Gómez, a finales de 1997, nos involucramos por primera vez como representantes de la FIMPES en un proceso de acreditación de una universidad. El representante oficial era él, pero había llegado unos meses antes al CETYS y no tenía toda la información, así que me pidió que lo sustituyera en el proceso de visitas como representante de la fimpes en la acreditación de la Universidad Intercontinental (UIC). Esa fue mi primera participación fuerte en un proceso de acreditación. De ahí en adelante, todos los años estuve involucrado, ya sea como Visitador, Coordinador o Representante, pero siempre visitando universidades, realizando y revisando autoestudios.

Probablemente en la FIMPES hizo tantos amigos como en CETYS, destacando su relación con la Dra. Sonia Bacha, directora de esta federación, y responsable de los procesos de acreditación. Con ella ha trabajado muchos años ajustando las diferentes versiones del Sistema de Acreditación. Sonia le tiene un cariño muy particular. A lo largo de los años coincidieron en decenas de visitas a universidades que buscaban ser acreditadas por la FIMPES, y las pláticas entre ambos han sido extensas. Para Sonia, Ángel es uno de los miembros más confiables y de los que mejor conoce dicho sistema.

—Ser evaluador FIMPES ha sido una actividad gratificante —continúa el ingeniero—. Tuve la suerte de llegar a algunas universidades clave. Recuerdo la experiencia con la Universidad Anáhuac en Mérida, que en aquellos tiempos era Universidad del Mayab, me llamó el rector, Padre Sabín, después de que había sido rechazada la universidad para entrar a la FIMPES. Fui y revisé toda la información y les dije que toda estaba bien, pero que el autoestudio no reflejaba lo que tenía la universidad. Volvimos a hacer el autoestudio

con toda la información que tenían, se generó el documento, se pidió una segunda visita y el resultado final fue satisfactorio. Desde entonces gané, no diría prestigio, pero sí cierta preferencia por parte de la Anáhuac. Fue una experiencia muy bonita para mí porque me permitió involucrarme prácticamente en todos los procesos de acreditación de las mejores universidades particulares de México: Anáhuac, la Iberoamericana, Universidad de las Américas, Tec de Monterrey, la Panamericana (IPADE), el ITAM, La Salle, Unitec, Insurgentes y la UVM.

Habiendo recorrido las primeras cortinas del entorno nacional a través de la FIMPES, meterse al mundo de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) no debía ofrecer mayor dificultad. El cuarteo compuesto por el rector Marín, el doctor Fernando León, el ingeniero Blancas y Montañez se avocaron a ello, intentando poner al Cetys en el escenario de las universidades de calidad.

—Ganado el terreno nacional, de manera paralela nos empezamos a involucrar más fuertemente con la ANUIES. En aquellos tiempos estaba el maestro Antonio Gago y tuvimos oportunidad de asistir a un gran número de congresos de la ANUIES. Recuerdo que una de las cuestiones clave de la relación con Gago fue que se consiguió una beca para que un estudiante brillante del Cetys se fuera a estudiar a Stanford una maestría en educación. Ese estudiante era Fernando León. Entonces se fue a estudiar la maestría apoyada por la ANUIES y luego continuó con el doctorado. A partir de esa época siempre hemos estado muy relacionados con la ANUIES.

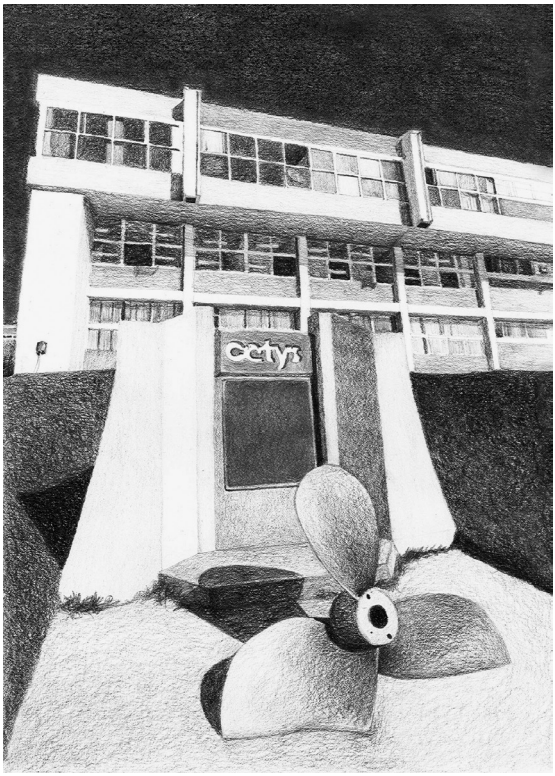
»Posteriormente, la otra institución con la que nos relacionamos mucho fue con la Asociación Mexicana de Universidades Privadas (AMUP), de unos 10 años para acá, un grupo de universidades se decidió, miembros de FIMPES, menos

una, decidió a formar una asociación diferente que incluyera solamente aquellas universidades que fueran de calidad y que no persiguieran fines de lucro y que no fueran de enfoque mercantilista. El criterio para definir si eran o no con fines de lucro era si su acta constitutiva decía que era A. C.

En 25 años, Ángel Montañez Aguilar había madurado. Su nivel de evolución y de ascenso laboral no tenía brote alguno de improvisación. Como si fuera el creador de las planeaciones de vida, el hombre estaba en un punto de desarrollo profesional de una vivacidad extraordinaria. Aunado a ello, sus cuatro hijos creciendo, devorando los libros y obteniendo el reconocimiento de los maestros; su esposa formando niños en una escuela primaria y vigilante amorosa de la familia; el Cetys, requiriendo de su tenacidad, de su probada inteligencia y de su comportamiento ético. A pasos agigantados estaba llamado a ser el guardián del humanismo en el Cetys.

IV. LOS REFERENTES QUE FORMAN A UN FORMADOR

UN CETYS EN TRANSICIÓN AL SIGLO XXI



Conozco la misión y estoy profundamente enamorado de ella: trato de vivirla y de hacer que la vivan los maestros y los alumnos; que se refleje en los planes y programas de estudio es una aspiración; que todo profesor, sin importar que dé clases de fiscal, de computación o de lo que sea, tenga presente que tiene que impulsar los valores que de ella emanan.

Las manos llenas de trabajo

Los albores de la década de 1990 encontraron a un Ángel Montañez Aguilar con las manos rebosantes de trabajo y con el cerebro funcionando en versión acelerada. Las pilas de hojas con notas y los fólderes con documentos se apilaban en su escritorio, en franca competencia con las montañas de papeles que construía su jefe, Enrique Blancas. Un trabajo distinto al que llegó a desarrollar en su etapa embrionaria de profesor y luego como director de la Preparatoria. Desde la Dirección Educativa Adjunta había que hacer mucho de política académica interna. Estar en los campus; hablar con los profesores; ser sensible a las voces de los grupos estudiantiles; escuchar a los directivos; atender al Consejo del IENAC, especialmente a los miembros del Comité Educativo. También, como se ha dicho, posicionar al CETYS en los organismos nacionales de educación, y para ello había que participar desde reuniones de fin de semana en Tlaxcala, Mérida, Oaxaca, etcétera, hasta en comisiones a las que había que dedicarles un tiempo considerable, a un costo que Ángel recuerda con mucha claridad.

—Las décadas de 1980 y 1990 fueron años de muchas salidas. Hubo un acuerdo entre FIMPES y CETYS que me permitía viajar como Visitante o Coordinador de equipo, una vez al semestre. Como el proceso para acreditar una universidad puede durar hasta dos años y todo se calendariza, podíamos programar las visitas con la anticipación necesaria. Eso me permitía manejar mi agenda en forma apropiada. El

trabajo más fuerte, sobre todo cuando fungía como Representante FIMPES, era revisar la elaboración de los autoestudios, coordinar el proceso, asesorar a los participantes, leer y corregir todo lo que mandaban. Con ello se podía emitir un dictamen. Ese trabajo que implicaba mucha concentración de lectura y revisión, siempre lo hacía dentro del periodo de vacaciones. Así, mis típicas vacaciones de Semana Santa, de verano y diciembre, incluían unas 20 o 30 horas de revisar esos documentos. No podía tener mi carga normal de trabajo en el CETYS y atender las acreditaciones, porque revisar un documento de ese tipo no se puede hacer en pedacitos de tiempo, requieren mucha concentración.

Dejar el aula: Un costo que había que pagar

El incursionar en el entorno nacional fue un casillero en su trayectoria laboral; otro de mayor relevancia fue asegurarse de que el humanismo planteado en los documentos rectores de la Misión en 1977, encontraban terreno fértil en los programas académicos de bachillerato y licenciatura, así como en la vida estudiantil que iba cobrando relevancia y diversidad. Meterse a la planeación académica lo iría alejando paulatinamente del aula. Se resistió muchos años. Su permanente inquietud por aprender y ese constante retarse para demostrarse que podía con empresas fuera de la lógica, como impartir un curso de El Hombre y la Ética, lo mantenían atado a la tiza y la pizarra.

—A partir de que tomé la Dirección Educativa Adjunta, fue natural que, por las necesidades de la chamba, fuera bajando mi carga académica. Me quedé solamente con la clase de Matemáticas en Ingeniería. Pasaron un par de años y la cambié por Matemáticas en Escuela de Contabilidad y Administración, la antigua ECA. Después, en una evolución muy interesante, entraron en los planes de estudio de licenciatura las

materias sello, con la valiosa asesoría de mi gurú en cuestiones de filosofía, el profesor Luis Linares, quien me capacitó para que diera la clase de El Hombre y la Ética, bajo aquel principio ya expresado: si hace falta alguien que dé la clase, yo me la echo. Nomás aprendo. Entonces Linares me puso a leer diferentes autores, desde Aristóteles hasta Spinoza, y di esa clase que me gustó mucho durante un semestre. Le dimos el toque de planeación de vida y carrera; la atamos con la obligatoriedad de que todos los alumnos deberían de integrarse a una actividad que les gustaba mucho: el taller de fin de carrera.

»Fue en 1995 cuando dejé esa clase y me concentré en impartir la materia Sueldos y Compensaciones, en el posgrado de Administración. La impartí varios años en los tres campus. En Tijuana me tocó darle clase a Paty Valdez, por ejemplo, alumna brillante desde aquellos tiempos; en Ensenada fue mi alumna Socorro Lomelí, entre otros maestros de Cetys. La estuve dando hasta 1998, dos años después de que el Ing. Blancas pasó a ocupar la dirección del campus Mexicali y yo me quedé como titular de la Dirección Educativa. Por cumplir compromisos administrativos, me desligué de la docencia y debo decirles que lo sufrí, la extrañaba. Recuerdo que después de una jornada que muchas veces incluía traslados a los campus Tijuana y Ensenada, dejaba todo y me metía a mi clase de las 7 de la tarde. Entraba al salón cansado y cuando terminaba contestando la última pregunta a las 10 de la noche, salía descansado. Las tres horas de clase me servían para relajarme y renovar mis energías. Se me hizo notorio el declive.

La vida académica de 1990 y su impacto en los primeros años del siglo XXI

Ángel Montañez subió un escalón más en el edificio jerárquico del Cetys. Ocurrió en 1996, cuando asume la rectoría

Enrique Carrillo Barrios-Gómez, cuarto rector del Cetys. El Ing. Blancas de la Cruz es invitado a dirigir el campus Mexicali y en ese movimiento, de manera natural, Montañez se queda como titular de la Dirección Educativa. El rector Carrillo, que venía del exterior, supo ser consciente de que los cambios se podían hacer respetando la continuidad de proyectos académicos. Permanecían en puestos neurálgicos de la vida universitaria el propio Blancas, Fernando León como vicerrector académico, y Ángel. Tratar de resumir en un listado de acciones lo que hizo Montañez en tres lustros al frente de la Dirección Educativa, no le haría justicia. Aun con ello, él recuerda, más a manera de anécdota, algunas de las cosas que le crearon significados a su memoria.

—Desde la Dirección Educativa me tocó involucrarme con la creación de los primeros programas de posgrado. El primer intento fue una especialización en el área de Ingeniería que la inició el ingeniero José Andrés Galindo, a través de un curso propedéutico que les dio a los candidatos, pero ahí terminó el proyecto porque no respondieron con los requerimientos necesarios. Lo que sí dio resultado fue una especialización en Recursos Humanos. Luego migramos hacia la Maestría en Administración. Antes de ello había nacido en Tijuana el posgrado en Psicología, pues ahí fue donde comenzaron las primeras acreditaciones.

»Otro proyecto fuerte que se desplegaba por periodos era la revisión curricular y la actualización de los planes y programas de estudio de todas las carreras. En esos procesos, junto con los de evaluación y retribución del profesorado, fue cuando me empecé a involucrar fuertemente con el personal académico de Tijuana y Ensenada. Trabajamos en grupos para ponernos de acuerdo con los contenidos curriculares que se hacían en cada carrera. Fue una experiencia muy bonita.

»A ese respecto, hay una anécdota muy interesante. Cuando estábamos en un proceso de revisión curricular de Ingeniería en Ciencias Computacionales (ICC), había una situación muy cerrada de puntos de vista opuestos en cuanto a qué lenguajes deberían de manejar los ICC. No hubo manera de que eligieran uno. Me reuní con los responsables y les dije: "Si en dos semanas ustedes no se han puesto de acuerdo, yo mismo voy a definir qué programas de computación incluiremos en el programa". "Pero, ingeniero", me dijeron, "usted no es experto". Les dije que si no eran capaces de ponerse de acuerdo yo sí lo iba a hacer, bajo la asesoría de quien fuera. En menos del tiempo establecido llegaron juntos con una decisión. En general, el trabajo de coordinar a académicos de diferentes campus, con diversas maneras de pensar y distintas expectativas, fue un trabajo de mucho aprendizaje que fue poniendo las bases para la unificación del sistema Cetys.

En ese traer de la memoria significados que explican los territorios por los que ha incursionado en Cetys, Montañez hace alusión a las bibliotecas. De alguna manera, el impacto ejemplifica la relación con los consejeros lo mismo que con los proyectos de gran peso, como ha sido la acreditación WASC en décadas recientes.

—En las bibliotecas me involucré fuertemente porque, en una primera revisión para lograr la acreditación internacional, WASC nos hizo una recomendación de peso, y el rector me asignó la coordinación de un comité. Trabajaba mucho con los bibliotecarios de los tres campus. Quizá ahí lo que yo resaltaría sería una integración muy buena que se dio con los bibliotecarios y con el IENAC a través del licenciado Enrique Carmona. La recomendación que nos hicieron fue impulsar fuertemente las bibliotecas en los tres campus para que se acercaran a ser una de nivel universitario. Así se amplió la de Mexicali, luego se construyó la de Ensenada; años

después, se remodeló la de Tijuana. Empezó un desarrollo más armónico y eficiente. Libramos la cuestión de WASC con las construcciones y con la adquisición de libros. Empezaron a aparecer las bases de datos y libros electrónicos porque si nos ateníamos solamente a los libros en papel, andábamos muy lejos de los estándares universitarios.

El otro proyecto que gravita en su pensamiento es la necesidad que se tenía de impulsar el inglés en los estudiantes del CETYS. Eduardo Martínez Palomera, actual Consejero Senador, tocaba la piel y hacía llaga con el tema. De un discurso filoso y convincente, había que responderle. Montañez, desde su orgullo haciendo borbotones, lo hizo.

—Aprendí mucho del Lic. Ignacio A. Guajardo, de don Héctor Sada, de Enrique Carmona y de Carlos Postlethwaite, pero una persona que también me hizo aprender… no aprendí de él, me hizo aprender y le agradezco, es Eduardo Martínez Palomera. Una persona apasionada de la internacionalización, apasionado de que los alumnos deben salir del CETYS dominando el inglés. Hicimos todos los intentos, primero inglés como refuerzo curricular, con tres horas a la semana, no funcionó; inglés como requisito de titulación, no funcionó. Hasta que un buen día me dijo "¿Cuándo usted va a presentar un proyecto que haga que los alumnos del CETYS salgan hablando inglés?". Le pedí un año. Me junté con el profesor Victor López (QEPD), entonces director del Centro de Idiomas. Le pedí que con su equipo diseñaran un programa que asegurara que los alumnos de CETYS iban a salir hablando inglés, sin escatimar esfuerzos. Finalmente hicieron el programa y debo decirles que este es el que, 20 años después, sigue operando exitosamente. Cuidamos el diseño, la operación y la evaluación. El único componente que no pusimos en práctica fue la última parte que decía que los alumnos, al finalizar su carrera, deberían irse un semestre

de tiempo completo a una universidad del extranjero en la que se hablara inglés. Esa parte fue lo único que no hicimos para todo el alumnado. Gracias a esa insistencia de Eduardo Martínez Palomera, muy legítima, y además muy compartida por nosotros, aprendí otra vez. Acepté el reto y dije: Pues tenemos que hacer algo que funcione. Y ha funcionado.

Don Héctor Sada Quiroga, su voz espejo

Si bien el bondadoso comportamiento de Montañez, que bien pudiera representarse con una escultura con las manos abiertas, reconoce la influencia de distintas personas, distingue en ellos, a nivel de miembros del IENAC, a Ignacio A. Guajardo, consejero fundador; a Enrique Carmona, con el que desarrolló algunos proyectos, a Carlos Postlethwaite, sólido defensor, junto con el Sr. Carmona, Juan Ignacio Guajardo y algunos otros, del humanismo y la formación integral. Sin embargo, un peldaño arriba de ellos colocaría a don Héctor Sada, especialmente por la interacción que tuvieron cuando don Héctor fue Presidente del Consejo. Retrata esa relación de respeto y armonía una conversación sobre la misión, los valores y la educación.

—Don Héctor fue mi guía espiritual, porque fue una persona sumamente valoral, convencido de que la misión del Cetys debería de llevarse a la práctica con todo el mundo, desde las autoridades hasta los maestros y alumnos. Cuando empecé a trabajar con el Ing. Blancas, tuvimos una serie de pláticas con él sobre la misión y el modelo educativo del Cetys. En una de ellas, don Héctor me preguntó qué tan profunda era mi relación con la misión. Le dije: "Es que he aprendido de usted y reafirmado mis valores morales y coinciden con la misión, coinciden con los valores que me enseñó mi papá y con los valores del cristianismo occidental. Entonces, don Héctor, yo le diría, en poquitas palabras que onozco la misión

y estoy profundamente enamorado de ella: trato de vivirla y de hacer que la vivan los maestros y los alumnos; que se refleje en los planes y programas de estudio es una aspiración; que todo profesor, sin importar que dé clases de fiscal, de computación o de lo que sea, tenga presente que tiene que impulsar los valores que de ella emanan". Estuvo de acuerdo conmigo. Desde ahí establecimos mucha afinidad. Don Héctor fue un apoyo muy fuerte para los académicos, encabezados por el Ing. Blancas primero, y después por un servidor.

El ingeniero Blancas: La vida académica del Cetys en un junco

De 1967 hasta diciembre de 2009 pasaron 42 años. Todo supo Montañez de Enrique Blancas, todo lo vivió sin ser su amigo íntimo, el más cercano, con el que se iba a Las Vegas en un puente laboral o con el que se tomaba tres botellas de tequila en una fiesta de fin de año. La intimidad de estas dos figuras ya icónicas para el Cetys tuvo las propiedades del junco: dúctil y resistente, simple y complejo, árido y húmedo. Una especie que evita la erosión, que contiene el deterioro, que sufre y se dobla, pero no se doblega, ni se rinde, ni se fractura. Un junco que da la vida, que sirve al otro, que permanece.

—Con el Ing. Blancas viví muchos episodios, no en balde trabajamos juntos más de 40 años. Pero hay dos momentos muy emotivos. El primero sucedió en 1995. El ienac sesionó en Ensenada y anunció que el nuevo rector sería Enrique Carrillo Barrios-Gómez. Los candidatos finalistas fueron el ingeniero Blancas y él. Para mí fue un golpe tremendo, no se imaginan cómo me deprimí. La tristeza me invadió varios días, pero tuve que sobreponerme. Por encima de mis deseos y mis emociones, estaba y está el Cetys. Por lo tanto, cuatro años después que se lleva a cabo un nuevo proceso y se nombra al ingeniero Blancas, mi reacción fue

muy favorable. Finalmente, el Consejo le hacía justicia. Tenía muchos años en el Cetys, conocía todas las operaciones académicas, administrativas y financieras, estaba muy relacionado con otras universidades, más en el plano nacional que en el internacional. Había empezado el proceso de acreditación con wasc y tenía un gran don que lo hacía trabajar muy bien con la gente de todos los niveles; lo mismo se encontraban ustedes un jardinero o un velador platicando con el ingeniero Blancas muy a gusto, que con un consejero. Era una persona muy afín a la institución. Para mí, era el rector natural. No se diga que, además de todo eso, en lo personal, pues había mucha afinidad. En el momento que lo nombran rector, pues obviamente me llené de júbilo y optimismo.

Como muchas de las grandes relaciones, no en pocas ocasiones se inicia con un desencuentro. La memoria de largo plazo de Montañez lo recuerda con claridad, y así lo expresa:

—Para mí, el momento en el cual el ingeniero Blancas estableció cierta afinidad conmigo fue cuando él me daba clases, en 1968. Yo cursaba el tercer año de ingeniería y él acaba de llegar a la institución. Nos daba la materia de Ingeniería Térmica. Cierto día se esforzaba en mostrarnos cómo se diseñaba una torre de destilación. Eso implicaba el tratar de deducir unas fórmulas a partir de un dibujo de la propia torre, y no lograba hacer que lo entendiéramos. Le daba vuelta al problema y la confusión aumentaba. Yo no pude resistirme más, levanté la mano y le dije: "Oiga, ingeniero, a lo mejor si lo explicamos de otra manera…". Se levantó y me dio el gis: "Toma, explícalo tú". Lo hice y el grupo entendió. Yo esperaba al menos un regaño por la impertinencia, pero su respuesta me descolocó y, al mismo tiempo, me hizo apreciarlo. "Tú debes ser maestro de Cetys", afirmó. Ahí empezó el clic, ahí empezó el entendimiento y la amistad, y también su gestión para que yo fuera docente de esta institución.

En efecto, el alumno destacado supera al maestro destacado

El periodo de Enrique Blancas al frente de la Rectoría finalizó en diciembre de 2009. Ángel Montañez Aguilar arribaba a los 65 años y, si bien sabía que la jubilación estaba cerca, en ese año estaba más preocupado y ocupado por otras tareas vitales para la institución que tanto quería. En abril, el IENAC había informado que el trabajo del Ing. Blancas concluiría en diciembre y que buscaría quién lo sustituyera. Montañez no tenía la más mínima duda sobre quién debía ser el relevo.

—Fernando León estaba ejerciendo un trabajo de alto liderazgo en City University, en Seattle, Washington. Más de un año antes le había escrito un correo electrónico diciéndole que el CETYS lo necesitaba, por lo que debía regresar, me contestó diciendo que eso no dependía de él, sino del IENAC. La respuesta me llenó de esperanza. CETYS estaba en camino de tener un rector de clase mundial.

Fernando León aparece en distintos momentos de la historia de Ángel Montañez en CETYS. Tan simple como decir que esa relación inició en la primavera de 1972. Fernando ingresó al bachillerato de una manera similar a la de Ángel, con una beca académica. *No podía haber entrado al CETYS de otra manera, pues no formaba parte de una familia pudiente*, afirma el propio Fernando. Siendo profesor de la preparatoria, Montañez se siente identificado y atraído por el talento de este estudiante que venía de una secundaria particular, la María Castro Valenzuela, y le da seguimiento. Festejó que, al finalizar sus estudios en ese nivel, haya decidido entrar a la Escuela de Ingeniería.

—Fernando tuvo una trayectoria vertiginosa y exitosa en su primera década en CETYS. Estudió Ingeniería Industrial en Producción, egresando en junio de 1978; trabajó como maestro de asignatura en la Preparatoria, profesor y coordinador de

deportes siendo estudiante de Ingeniería. Al egresar de la carrera, fue maestro de tiempo completo, Director de deportes y de Asuntos Estudiantiles del campus Mexicali. En esos años se realizaron por primera vez los InterCetys deportivos y culturales, involucrando a alumnos y profesores de los tres campus. Su potencial nunca estuvo en duda. Parecía que desde que ingresó al Cetys sabía lo que quería hacer y a dónde quería llegar. Estudió becado la Maestría y el Doctorado en Educación en la Universidad de Stanford, después de lo cual regresó al Cetys y desde entonces se ha desenvuelto en el campo de la Administración Universitaria, fue Director del Departamento de Planeación, fungió como coordinador del Staff de Rectoría y como Vicerrector Académico del Cetys.

Fernando permanece como Vicerrector Académico los primeros años de la administración de Enrique Blancas, y luego acepta una muy buena oferta de trabajo en la Universidad de Phoenix, con sede en esa ciudad. Se va de la institución tan en buenos términos que Blancas, con mucha visión e inteligencia, le pide que se mantenga como asesor de Cetys. Montañez lo ve partir con ese tipo de sentimiento agridulce que invade a una persona cuando un familiar muy cercano se va buscando la buena fortuna y el éxito académico o laboral.

—No me sorprendían los alcances de Fernando, pero sí me emocionaban, y también me hacían sentir orgulloso pues, de alguna manera, yo había contribuido a formar a ese gran talento. Lo había visto crecer hasta salir del Cetys para convertirse en Presidente del Instituto de Educación Profesional; ser Vicerrector Académico en la Universidad de Phoenix y en City University de Seattle; y en esta última etapa también ejercer como Rector de la División Internacional, Vicerrector Ejecutivo y Co-Rector.

El regreso al Cetys como rector a partir de enero de 2010, lo tiene muy claro Ángel Montañez. Siendo director

educativo y estando tan cerca de los consejeros del IENAC por su trabajo de secretario técnico del Comité Educativo, sabía que en algo podía contribuir para que el IENAC nombrara a Fernando como rector, convirtiéndolo en el primer egresado que llegara a la cúspide de la montaña. Narra detalles poco conocidos de ese acontecimiento.

—Cuando Fernando contestó a mi correo, interpreté que existía la posibilidad de que regresara, por lo que escribí otro al Lic. Carlos Postlethwaite, entonces ex Presidente del Consejo del IENAC, y luego hablé con él al respecto. Su respuesta fue que, cuando se diera la necesidad de cambiar rector, se emitiría una convocatoria y si participaba el Dr. León y quedaba en la terna final, sería analizado su expediente y el IENAC decidiría quien sería el nuevo rector. Se emitió tal documento y se nombró un comité que se encargaría de analizar a los candidatos. El Lic. Postlethwaite, nombrado como coordinador de ese comité por Juan Ignacio Guajardo, presidente del IENAC desde el 2007, recibió la documentación de los candidatos, me la mandó a mí y me pidió que la analizara y le preparara un cuadro comparativo que mostrara la información de cada candidato en la que debían considerarse los factores clave que debería tener cada uno para ocupar el puesto: grado académico, experiencia en acreditaciones, experiencia internacional, haber trabajado con el IENAC, etcétera. Lo hice, entregué al Lic. Postlethwaite el cuadro junto con una voluminosa carpeta con documentos que evidenciaban los currículums de los candidatos. El Comité analizó y discutió el cuadro concluyendo que la persona que mejor podía desempeñar el puesto de Rector del CETYS a partir del primero de enero del 2010 era el Dr. Fernando León García.

Todas las medallas; todos los reconocimientos y primeros lugares; todos los momentos y pasajes de trabajo conjunto; todo el cariño y admiración que Ángel Montañez le

tiene a Fernando León, lo sintetiza en una frase categórica: —Muchos han sido talentosos; muchos han surgido desde la pobreza económica; muchos alcanzaron el éxito en su trabajo, pero Fernando es un orgullo Cetys, así, en mayúsculas.

La historia, siempre de círculos, se abre y se cierra con dos fechas. Ángel Montañez Aguilar vio llegar a Fernando León al Cetys en el verano de 1972. Fernando recibe de parte de Montañez el documento oficial de su jubilación el 10 de marzo de 2010. Sus visiones al respecto fueron complementarias, uno siendo consciente que debía cambiar de estatus en su relación con el Cetys; el otro teniendo claro que a esa historia viviente no la podía dejar ir. Abrieron así un nuevo círculo que duraría los siguientes once años.

En el proceso de apertura y cierre ocurrieron tantas cosas que una conversación de días enteros no abarcaría la totalidad, y un libro de dos mil páginas, tampoco. *Destellos desde el crepúsculo* esboza trazos de la memoria de Montañez, solo eso. Alcanza para reafirmar que nadie vivió, nadie conoció, nadie sintió más al Cetys en sus primeros sesenta años de vida que Ángel Montañez Aguilar. Que se firme esto último.

CODA.
LA MISIÓN DE UN FORMADOR DE PERSONAS

ÁNGEL MONTAÑEZ EN SUS PROPIAS PALABRAS

Lo que está detrás de todo esto es mi vocación de servicio. Cuando platico con Alicia, le digo que yo creo que todos venimos a este mundo por algo y yo creo que yo vine a servir. ¿A quién? A quien pueda servir: a mi esposa, mis hijos, mi familia, a mis amigos, a los empleados del CETYS*… a quien pueda ayudar lo voy a hacer y no le voy a pedir nada a cambio. Esa es mi esencia y creo que definitivamente viene de familia. Lo aprendí de mi papá, principalmente, que era un servidor universal tremendo. Ahí establecí mi modelo a seguir.*

Los talentos

En casa, yo les digo a mi señora y a mis hijos, y voy a pecar de modesto: no sé qué tengo en mi ser que huelo los talentos, los detecto. Siempre detecté talentos en mis alumnos. En el proceso de análisis de selección para asignar becas, detectaba talentos y los seguía. Debo decirles que nunca me falló. Les puedo platicar del último talento que acabo de detectar en el proceso de selección de la Beca Doctor Félix Castillo Jiménez y Josefina Castillo, en donde formo parte del comité, como representante del rector. Analizamos a los candidatos y finalmente le asignamos la beca a un estudiante del CBTIS [Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicio] 21, un candidato que, al terminar la prepa ya maneja tres lenguajes computacionales, ha ganado concursos latinoamericanos de construcción de robots y que tiene una facilidad de palabra y una capacidad de comunicación tremenda. A ese alumno le dimos la beca. Yo platiqué con él por Zoom y le dije que tenía que hacer una carrera brillante en el CETYS. Después hablé con Mario Dipp, y le dije: "Mira, viene un alumno del CBTIS a estudiar al CETYS, hazlo que entre en contacto con el director de colegio y con director de escuela, es una joyita que hay que pulir".

Me identifico mucho con ellos a partir de mi propia historia biográfica. Los sigo y los acelero. Una de las cosas que he notado, y que ha sido constante y a lo mejor es proyección personal, es que esos muchachos tienen mucho, pero no se animan por las circunstancias sociales y económicas en las que viven.

Les cuento otra anécdota sobre otro muchacho brillantísimo que detecté también en el CBTIS de Mexicali. Su papá fue a hablar conmigo: "Queremos que nuestro hijo entre aquí, pero todavía no decidimos porque ya le dieron beca, pero pues es un 70% y no alcanza". Platiqué con el brillantísimo muchacho y después le dije a su padre: "Él tiene que venir al CETYS". "Tengo dos problemas", me contestó: "uno, el 30% está difícil; y el otro es mi señora, es maestra de matemáticas en una prepa en El Ejido Puebla y, pues, quiere que su hijo se vaya a estudiar la prepa con ella". En ese momento agarré el teléfono y le hablé al consejero Federico Díaz Gallego, pues el papá de ese muchacho era su empleado en Zahori. Le pregunté si tenían algún programa de apoyo a los hijos de sus trabajadores, le platiqué sobre él y conseguimos que le apoyara con el 30% restante. Los detecto y los acelero, y después resultan *un cartucho* en el ámbito profesional.

58 años en el CETYS: El sentido del servicio

Hace unos días me hicieron una entrevista para un video homenaje. El fotógrafo no tenía muchos antecedentes míos y le dije: "Para empezar, háblame de tú, soy Ángel Montañez, estás ante el empleado de más antigüedad en el CETYS, con 52 años, pero también estás ante la persona más vieja. No hay un empleado aquí que tenga 77 años. Entonces tengo el récord de edad cronológica y el récord de tiempo en el CETYS, ese es Ángel Montañez". ¿Qué implica esto para mí? Bueno, yo digo que en esos años lo mejor que me pudo haber pasado es haber entrado al CETYS, primero como estudiante y luego como empleado. He tenido la oportunidad de aprender muchas cosas, no nada más del área de ingeniería, sino también del área de administración, de educación; pues hasta filosofía, ética y astronomía. Tuve la oportunidad de aprender, pero sobre todo de convivir con mucha gente. He tenido la

satisfacción, y la sigo teniendo, de ayudar a todo el que puedo ayudar. De una manera u otra, siempre los trabajadores acuden a mí y los ayudo con gusto en lo que necesiten.

Lo que está detrás de todo esto es mi vocación de servicio. Cuando platico con Alicia, le digo que yo creo que todos venimos a este mundo por algo y yo creo que yo vine a servir. ¿A quién? A quien pueda servir: a mi esposa, mis hijos, mi familia, a mis amigos, a los empleados del Cetys… a quien pueda ayudar lo voy a hacer y no le voy a pedir nada a cambio. Esa es mi esencia y creo que definitivamente viene de familia. Lo aprendí de mi papá, principalmente, que era un servidor universal tremendo. Ahí establecí mi modelo a seguir.

Esto sintetiza todos estos años. Estar sirviendo al Cetys: a la Academia, a la Prepa, etcétera. Sinceramente no considero que sea un trabajo en donde yo estoy dando algo a cambio de un sueldo, considero que es una actividad en la cual estoy sirviendo, de paso estoy siendo feliz y todavía me están pagando, pues qué otra cosa podría haber encontrado mejor que eso.

Mis hijos son nuestro legado: De Alicia y mío

Todos mis hijos estudiaron la preparatoria en el Cetys, con grandes expectativas que nosotros mismos les sembramos, y con grandes posibilidades de desarrollo. Las tomaron al pie de la letra: deporte, cultura, calidad académica, convivencia social con los compañeros, ambiente sano; es decir, libre de humo, alcohol y drogas. Todo eso lo habíamos trabajado en casa. Cuando llegaron al Cetys, eran muy conscientes de la responsabilidad que tenían de portarse bien. Por nuestra parte no había limitaciones de horario para regresar a casa. Por ejemplo, les decíamos que se portaran bien, llegaran sanos, que eran responsables de su propia conducta. Siempre he confiado en ellos porque fue la esencia de inculcar una

cultura de responsabilidad, honestidad, esfuerzo y desarrollo integral. Cultura de humanismo.

Al finalizar el bachillerato, los alumnos reciben un taller de cierre, muy emotivo. Cada uno de mis hijos, en su tiempo, sin ponerse de acuerdo y en distintos años (primero Alicia, después Marina, luego Ángel, y al final Melissa) me dijeron emocionadísimos, casi casi al llanto: "Qué bárbaro, lo mejor que me pudo haber pasado es haber estudiado en la prepa del Cetys, qué manera de ayudarnos a desarrollarnos, qué manera de despedirnos". Entonces concluyo que el Cetys, con todos los problemas sociales que hay afuera y que no está exento de ellos, a pesar de pretender ser una burbuja, es la mejor escuela donde pueden desarrollarse los hijos durante la adolescencia, que es la edad más difícil. De ahí ya salen con una serie de principios y hábitos de estudio y a cualquier universidad que entren, estoy seguro de que les irá bien.

El nivel cultural de todos es alto, los cuatro son bilingües, totalmente inglés-español y se defienden con el francés. Todos han realizado un posgrado. Desde el punto de vista de desarrollo integral como personas, mi hija Alicia, que ha recibido reconocimientos académicos en todo lo que ha estudiado, después de terminar su carrera y tres especialidades, es médico internista, es cardióloga y es electrofisióloga –tres años cada especialidad después de la carrera de Medicina–. También es autora, ha publicados tres libros de poemas, es autora de la letra del canto universitario de la uabc, toca varios instrumentos y canta; es cinta verde de karate, se desarrolló integralmente. Forma una excelente familia con su esposo Octaviano Rogés, su hija Alexandra, soprano que estudia en el Conservatorio de Música de la Universidad de Berklee en Boston y su hijo Octaviano, genio musical y estudiante de *High School*.

Marina, con calificaciones muy altas, es la única que tiene las tres menciones honoríficas: en prepa, medicina y posgrado. También fue integrante del representativo de voleibol del Cetys, porrista; ella no ha publicado, pero qué bonito escribe cuando lo hace. Forma una familia ejemplar con su marido Miguel Ángel Puente, egresado del Cetys, su hijo Miguel Ángel, campeón en la Olimpiada Mexicana de Geografía y quinto lugar mundial en San Petersburgo, Rusia, a punto de terminar su carrera en el itam, y su hija Mariela que estudia prepa en el Cetys.

Mi tercer hijo, Ángel, quien académicamente tiene el promedio más bajo de la familia, pero que no es bajo en general, sino es bueno (8.9 de él con promedio de toda la familia de 9.4 en licenciatura), le dio mucho por el deporte. Recuerdo cuando iba a entrar al Cetys y le mostré las canchas y el gimnasio, unos días antes de que empezaran las clases me dijo que iba a entrar al representativo de fútbol americano, al de béisbol y le dije: "¿Te recomiendo algo? También tienes que entrar a los salones de clase, aunque sea de vez en cuando". Ángel es muy disciplinado, es el único mexicalense que ha clasificado para el Campeonato Mundial de Ironman en Hawái. Es un atleta de alto rendimiento con una notable claridad de metas. Nos ha enseñado a toda la familia lo que es la fuerza de voluntad para salir adelante en situaciones adversas. Actualmente es gerente de manufactura de una de las fábricas grandes aquí de Mexicali. Forma una bella familia con Leticia Guadalupe Pérez, egresada de Ing. Industrial del Cetys, con su hija Lupita, gimnasta que cursa tercero de secundaria y su hijo Ángel, basquetbolista y futbolista seleccionado municipal en ambos deportes, que estudia quinto año de primaria.

Mi hija Melissa, la pequeña, es Ingeniera Industrial del Cetys. Hizo una maestría en manufactura con especialidad

en calidad en el Tecnológico de Monterrey, con reconocimiento nacional como alumna de alto rendimiento por resultados del examen Ceneval en la carrera, reconocimiento en Monterrey por su promedio, y actualmente es coordinadora de calidad en una empresa. Forma una excelente familia con su esposo Esteban Martínez y sus pequeños hijos, Esteban y Erick, de 6 y 2 años de edad, respectivamente.

La familia se extiende y se diversifica

Todos son casados, son felices. Cada uno tiene dos hijos, o sea que tengo ocho nietos. El núcleo familiar para nosotros es muy importante. Invariablemente nos reunimos en vivo o en Zoom, ahora con la pandemia, en el cumpleaños de cada uno de los miembros de la familia, que ya suman 14 entre hijos y nietos. La familia está muy integrada, muy unida y eso es mi gran satisfacción, junto con mi labor en el Cetys.

Desde que me fracturé una mano y ya no pude jugar béisbol, básquetbol ni vóleibol, tomé el hábito de correr. Mis hijos establecieron un evento que llamaron *Carrera Ángel Montañez.* La primera emisión la hicieron en 1970 y de ahí para acá, cada año, el día de mi cumpleaños se hace la carrera, donde participan todos los miembros de mi familia. Nos reunimos con Alicia, mi hija, en su casa en Anaheim. En el fraccionamiento donde vive hay una pista muy funcional, habilitada para correr 5, 10 y 20 km. Nosotros, los adultos, corremos 10 km, y los menores, 5 km. El año pasado, aún el niño más pequeño que tenía cuatro años, la recorrió en pedacitos, con la ayuda de una carriola y su papá, pero la recorrió.

En lo personal, hice mi primer medio maratón en la carrera de aniversario de Mexicali, el año antepasado. El año pasado no lo hice porque se suspendió debido a la pandemia. El próximo mes de marzo, si Dios quiere, voy a correr otro

medio maratón. Regularmente estoy haciendo ejercicio tres días a la semana, 7 km , y el fin de semana 10 km, para mantenerme en forma. Eso ayuda mucho, otra vez, para la familia.

La casita de Palaco, la decisión que le cambió la vida y su filosofía

He visitado Palaco y por supuesto que la casa de cartón ya no está ahí. Las cuadras en Palaco son muy grandes, son lotes de 450 metros cuadrados, aunque en la actualidad está transformado completamente. El campamento de la constructora eran tres lotes, es decir tres quintas partes de una cuadra. En ese campamento estaban todas las máquinas y mi papá era el velador de esas máquinas. Y en una esquinita es donde construimos nuestra casa de cartón, que era itinerante como la compañía, y ya cuando mi padre murió y mi madre se mudó, junto con toda la familia a otra casa, ahí mismo en Palaco, la destruyeron.

A cada lugar donde íbamos a través del Valle de Mexicali, llegábamos y construíamos la casa, pues ya teníamos la estructura de barrotes cuatro por cuatro y dos por cuatro lista, y lo único que hacíamos era llevárnoslos y buscar cartón para forrarlos y con ello armar las paredes. Eso lo empezamos a hacer después de que, por allá en 1953, estaba la constructora haciendo los puentes que van sobre la carretera Mexicali-San Luis Río Colorado. Dos puentes para dos canales muy anchos, antes de llegar a Bataquez. En esa época teníamos una casa que era una parte de cartón y otra parte de cachanilla, una planta que crece en forma de barras como de dos metros de altura, quizá un poquito más, y nosotros la cortábamos y las lavábamos; una vez seca, las juntábamos y emplastábamos con lodo. El techo de la casa era de tule, otra planta que tiene la característica de ser larga. Así, la parte de la casa que era de cachanilla, tenía techo de tule y la parte de

cartón, algunas partes tenían techo de lámina negra corrugada, todos los materiales eran altamanete combustibles.

Un sábado, mi papá, que era el velador, nos comisionó a mi hermano mayor, Luis, y a mí, a velar unas máquinas mientras él dormía un rato en casa. Como no teníamos electricidad, utilizábamos mechones de diésel. Con la mala suerte de que unos perritos que teníamos tumbaron uno de los mechones, que en realidad no era más que un bote de aceite para carro con un hoyo y una mecha. De la cachanilla se obtiene un derivado para hacer pólvora, es una planta sumamente combustible. Se nos quemó la casa y nosotros nos dimos cuenta hasta el día siguiente. Fue una tragedia familiar terrible porque nos quedamos sin nada. Desde entonces empezamos a usar ropa usada, de segunda.

Después de todo, insisto en que fue una experiencia muy bonita. Tuve la fortuna de pasar por todo eso y salir vivo y sin traumas ni amarguras. Eso digo yo, pero habrá qué preguntarles a los demás.

Si tuviera la oportunidad de viajar en el tiempo y me encontrará a mí mismo, jugando billar, después de saber todo lo que sé, me daría algunos consejos de trigonometría para que salieran mejor las carambolas. La verdad que no me arrepiento de nada. Si no se hubieran dado esas circunstancias no sé qué sería de mí, "yo soy yo y mis circunstancias"; bien decía Ortega y Gasset. Es decir, cada uno de esos incidentes fueron una enseñanza y una señal de alerta: ¡Ojo, aguas en el futuro!

Yo perdí tres años de escuela. Cuando entré a la prepa del Cetys, en septiembre de 1963 ya tenía 19 años. Todos mis compañeros tenían 15 y algunos 14, había dos que tenían 17, pero yo entré tres años de desfase. Dos de ellos porque donde vivíamos no había escuelas, y uno, que es el que más enseñanza me dejó, literalmente fue porque no quise ir a la

escuela. Cuando iba con mi mamá a inscribirme a quinto año de primaria, en el camino estaban los campos de béisbol y ahí estaba mi equipo de niños, que me gritaron que les hacía falta uno: yo, siempre muy deportista, preferí quedarme a jugar. Mi mamá que era de un carácter muy fuerte, se regresó a casa enfurecida. Cuando terminé el juego y regresé, no me dijo nada. Eran principios de octubre y perdí ese año. Hasta el siguiente año, en septiembre, le pregunté si no me iba a llevar a inscribir. Me dijo que no, que cuando me había llevado la había dejado en la calle. ¿Qué hago? Dejé pasar una semana y le volví a preguntar. Me pidió que no la molestara y me entregó los papeles: "Si quieres ir a la escuela, ve tú a inscribirte, si no, es tu problema, yo ya hice lo que me tocaba".

Después de reflexionar, decidí ir yo solo. Afortunadamente me encontré con una gran maestra, la profesora Herlinda Angulo, quien después de interrogarme ampliamente sobre mis padres y mi situación, me inscribió, no sin antes hacerme la recomendación que me bañara todos los días antes de ir a la escuela.

De ahí en adelante empezaron a aparecer los dieces. Me convencí de que la responsabilidad de mi futuro no era de mi mamá, sino mía. Ella me lo hizo ver muy claramente: "Es tu decisión, es tu vida". Mi mamá se echó un volado. Pude haber dicho que no y haber seguido en camino de mis hermanos, que se quedaron sin estudiar.

Igual fue otra lucha fue entrar a la prepa, qué hubiera pasado si no hubiera entrado. Todas las circunstancias me decían que no debía entrar y yo decidí que sí, y que además me iba a ir bien. Yo tomé la decisión, no mis papás. Me di cuenta de que yo era responsable de mi propio desarrollo, de mis fracasos y de mis éxitos. Hay que entrarle, pagar el precio y asumir las consecuencias. Eso me ha servido mucho con mis hijos. A veces mi señora me pregunta si no les estoy dando demasiada

libertad. No lo creo. Si uno decide meter la mano al fuego, lo voy a dejar quemarse un poquito, pero lo voy a rescatar.

Estoy convencido de que si condicionamos a la gente a portarse bien, llámese hijo o alumno, solamente cuando tiene el látigo encima o el ojo del papá, o del capataz si es una empresa, si lo condicionamos a que eso haga, eso va a hacer y no va a crecer. Tenemos que darle oportunidad de que se equivoque, de que se corrija y de que crezca. Nadie va a crecer por ti, tienes que hacerlo tú. No hay más. Esa ha sido mi filosofía de vida como persona, educador y padre de familia.

LA COMUNIDAD CETYS LO AFIRMA

CINCO TESTIMONIOS SOBRE ÁNGEL MONTAÑEZ

EL TÍO MONTA

Jessica Ibarra Ramonet
Directora Zona Costa de Cetys Universidad

Así nos referimos a él recientemente, cuando nos preguntamos en qué andará nuestro querido ingeniero Ángel Montañez, si su vida completa (además de su familia, por supuesto), era el Cetys… y, bueno, de seguro lo sigue siendo, pero ha pasado ya un proceso de desapego gradual, justo y necesario para una persona que ha significado tanto para la vida y desarrollo de una institución, como es su caso para el Cetys.

Recuerdo y atesoro tanto el tiempo que hemos coincidido, quizás un poco más de dos décadas, donde he sentido siempre su compañía, su gran cariño, sus consejos y su mentoría, en toda la extensión de la palabra.

Me era tan difícil siquiera imaginarme la vida laboral sin él, no podía visualizar lo que sería mi trabajo sin que pudiera llamarlo para pedirle su apoyo, un consejo, asesoría, revisión de un caso en particular, una autorización de algo que solo él podía escuchar, analizar, valorar y responder, siempre tan atinadamente y tan orientado a la formación

integral del estudiante; siempre apoyando el talento y al que menos tiene, enfocado en darle oportunidad formativa a jóvenes que habían cometido alguna falla de comportamiento; siempre viendo cómo es que estamos cumpliendo día a día con nuestra misión educativa de *formar personas*. Si a alguien le debemos esta función de velar por nuestra Misión, es a él.

Inteligente y muy humano, comprometido y siempre responsable, apasionado por la educación; un hombre de familia, con muchas bendiciones, saludable y atleta... Ah, pero muy comelón… es como yo describiría a mi querido Monta.

No recuerdo alguna ocasión en que me haya llamado la atención, y quizás algunas veces lo pude haber merecido, por acelerada, imprudente o irreverente, pero él siempre da valor a mis pensamientos y palabras. Siempre me atendió, me escuchó, me orientó, me dio confianza y alentó a dar el siguiente paso. Cuando ni yo misma pensaba que podía hacerlo, él estaba ahí para decirme: *¡Claro que puede! Así que prepárese para lo que viene*. Y hasta la fecha me habla y me dice con mucho cariño cómo es que siempre debemos de estar preparando el camino y cuidando el balance para el desarrollo personal, físico, espiritual, emocional y profesional.

Hoy que nuestro Cetys le hace un más que merecido reconocimiento por su entrega y vida dedicada, es que lo veo pleno, fuerte, orgulloso de sus logros, y de su hermosa y brillante familia; veo cómo se le ilumina el rostro cuando habla de un nieto o nieta, cuando nos comparte la preparación que ha tenido para una carrera, cuando muestra una foto que significa mucho para él, cuando hace remembranzas de ese pasado que a él le tocó vivir y del cual nosotros seguimos aprendiendo. Cuando veo todo ello, es cuando digo y agradezco por su vida y se ratifica la frase de la cual estoy tan convencida: *Una beca transforma vidas*. Y a él, estoy segura, la confianza de alguien que lo impulsó a acercarse a esta ins-

titución que reconoce tan fuertemente al talento y una beca, le transformó su vida, y hoy es alguien que ha dejado un fuerte e imborrable legado en la educación, en Cetys, pero sobre todo, en la vida de muchas personas que, como yo, lo admiramos y queremos tanto.

Felicidades y gracias por tanto, mi querido Inge. Que Dios siga derramando muchas bendiciones en su vida.

ÁNGEL MONTAÑEZ Y EL HILO DE ARIADNE

Luis Enrique Linares Borboa
Profesor de tiempo de completo de la Escuela de Humanidades y Ciencias Sociales de Cetys Universidad

Por razones en ocasiones imaginadas y en otros momentos ciertas, las matemáticas no gozan siempre de buen prestigio entre los estudiantes. Para muchos, es un trance que hay que afrontar y después dejar de lado. Afortunadamente es posible encontrarse con personas que reconocen que las matemáticas no son solo números y fórmulas, sino que son un camino para comprender una parte de la realidad. Por ello, Galileo, al escribir *El Ensayador*, señalaba que la filosofía está escrita en el libro del universo, a su vez escrito en lengua matemática y, afirmó tajantemente que no entender sus caracteres es como vagar en un laberinto oscuro, cuya salida ignoramos. Pues bien, Ángel Montañez es una de esas personas, que, a partir de las matemáticas, encontró su camino…

Pensar en 58 años dentro del Cetys no es sencillo, pues implica, casi, haber sido no solamente testigo, sino actor de toda la historia institucional. Un caminar de esa duración

supone un proceso de maduración como persona y un crecimiento profesional que implicó participar en esa historia con diferentes papeles: alumno, asesor siendo estudiante, profesor, y directivo en diferentes cargos. Todo ello, en su conjunto, puede ser visto como un laberinto. Las vueltas de ese laberinto han sido contadas con buen detalle en las entrevistas que Alberto Gárate le ha hecho, y ha permitido que el Ing. Montañez retome las experiencias y las relaciones entre su gente, el espacio vivido y las decisiones que fue tomando, datos fundamentales para comprender su existencia, su manera de habitar su espacio y tiempo.

No me detengo a detallar sus cargos ni las acciones concretas que desarrolló, pues creo, como lo señaló el paleoantropólogo André Leroi-Gourhan, que el punto clave de nuestra humanización no es el desarrollo de una herramienta, de un proceso, o un invento, sino algo más cotidiano, aunque tal vez más complejo de comprender: la creación de un espacio y un tiempo humanos. Cada persona domestica su propio tiempo y espacio, es decir, les da un lugar propio en su casa, en el lugar que habita; o tal vez, mejor dicho, al humanizar tiempo y espacio los convierte en la malla sobre la cual teje su propia existencia, única, diferente –aunque similar– a las de otros hombres y mujeres que comparten el mismo tiempo cronológico y el mismo espacio físico.

Cada persona, tiene, en su trayecto biográfico, su propio laberinto, con caminos no siempre claros, y con salidas imprevistas, que provocan, a veces más, en ocasiones menos, algunas confusiones; en esos casos, es bueno recordar el *hilo de Ariadne*, el cual, según la mitología griega, ayudó a Teseo a salir del laberinto donde vivía el minotauro. La historia es un poco más larga, pero me quedo, de momento, con el hilo, que ha llevado a Ángel Montañez por un laberinto hasta llegar a encontrar una salida feliz. La vida

es siempre un laberinto que puede llevarnos por diversos caminos, que dan como resultado condiciones muy diversas entre personas que hayan tenido experiencias similares. Pensemos, por ejemplo, en el Cetys y sus primeros 60 años. En este tiempo ¿cuántas personas han cruzado por sus aulas, sus pasillos, sus salones? Entre varios miles, solamente uno ha pasado 58 años estudiando y trabajando en la institución; el hilo conductor del laberinto del Ing. Montañez puede tener diversos nombres y texturas, y pareciera que ese hilo fueran las matemáticas.

El joven Ángel llegó al Cetys y se fue abriendo paso precisamente por su capacidad para desarrollar un pensamiento matemático claro, que fue compartiendo con sus compañeros, primero ofreciendo asesorías y después iniciando la experiencia de dar clases formales. Pero las matemáticas fueron solamente la puerta de entrada; si su facilidad para los problemas matemáticos se convirtió en la puerta de entrada al Cetys, el joven ingeniero Montañez nunca ha olvidado que su relación con el Cetys fue posible por el apoyo que recibió, inicialmente de su amigo Manuel Mendoza y posteriormente de otras personas que le fueron abriendo camino. Conocer esa parte de su biografía es interesante, pero resulta insuficiente para comprender por qué se quedó aquí poco menos de seis décadas. Entrar al Cetys implicó caminar en la incertidumbre, pero se atrevió a dar ese paso confiando en sus capacidades, y en que el proyecto no lo desarrollaría solo, sino en compañía; efectivamente, eso es lo que ha sucedido por casi sesenta años.

Si bien es cierto que su facilidad para el trabajo con números, algoritmos, y su interpretación, le permitió iniciar una carrera en el Cetys, me atrevería a decir que ese apenas es uno de los pasillos de su propio laberinto, pues conviene recordar, por ejemplo, que además de clases y asesorías de matemáticas

y física, incursionó con éxito en el mundo de la filosofía, impartiendo clases de Ética. Me parece que el hilo conductor de la vida del Ing. Montañez, su *hilo de Ariadne* para encontrar el rumbo en su vida, está formado por un triple trenzado: familia, agradecimiento y convencimiento sobre el cambio que se puede lograr. Triple trenza que se fue desarrollando con una mezcla de acción y de cierto aprendizaje de la espera.

Sobre el papel de la familia en la vida del Ing. Montañez, no hay duda alguna; basta con tocar el tema y hablará con generosidad sobre cada uno de sus hijos, su trayectoria, el orgullo que siente al haberse formado por lo menos en una etapa de su vida, en el Cetys. Pero antes de ello, él comprendió que el amor conyugal era la condición de posibilidad para levantar una estructura familiar, y aquí entra la figura de Alicia, su esposa. Partiendo, seguramente, del ejemplo de sus papás, comprendió que su relación matrimonial no era algo dado de manera definitiva, sino un trayecto único, una aventura con riesgos que hay que correr, un compromiso que se expresa a partir de un momento, pero que debe ser fecundado. En ello se esforzó, y ahí fue encontrando el apoyo para desarrollar su vida profesional.

La familia, como estructura de acogida, como coordenada de referencia para establecerse en el espacio y el tiempo, es un entramado curioso. Es punto de partida al abrirse la persona a la vida, pero es también punto de retorno –en el espacio y el tiempo del que escribí un poco más arriba– cotidiano. Con Alicia, fue construyendo un escenario de creaciones y transmisiones, un espacio en que dieron vida a sus hijos y les compartieron un lenguaje familiar, un ambiente afectivo, un bagaje cultural y un sentido de identidad. Ese "lugar natural" desde el cual partir cada mañana, y al cual regresar cada tarde, es un hilo hermenéutico clave para comprender la humanidad de Ángel Montañez.

La relación entre familia y trabajo, o, con otras palabras, entre amor e inteligencia, ha resultado perfectamente compatible en la vida del. Ing. Montañez, entendiendo que su actividad laboral tenía razón de ser como una dimensión de su trayecto vital, pero no era la razón de su vida. En el trabajo institucional, además de ir desarrollando las habilidades necesarias, así como de ir asumiendo nuevos conocimientos, el Ing. Montañez llevó consigo una palabra clave: agradecimiento, dándole un sentido dinámico. Siempre ha reconocido que su ingreso al Cetys, su permanencia y posterior consolidación, se debió a la ayuda que recibió, particularmente en su época de estudiante, cuando, llegando sin recursos, encontró siempre a personas que creyeran en él, y su manera de agradecer fue fundamentalmente haciendo lo mismo con las generaciones que fuimos llegando en los años posteriores.

Ángel Montañez siempre tuvo su puerta abierta para escuchar a quien tuviera necesidad de algún tipo de ayuda: estudiantes para buscar un apoyo financiero, empleados que enfrentaban una situación complicada, profesores con algún proyecto novedoso; no es que él tuviera todas las respuestas, pero comprendió perfectamente su tiempo, y desde el espacio que le tocó ocupar a lo largo de los años, se convirtió en un excelente orientador, indicando cuáles eran los pasos que convenía dar, y cuando estaba en sus manos, dando la solución ante la situación que se le presentara. Su estilo, tranquilo, reflexivo, parecía lento (en una sociedad que reclama velocidad y aceleración), pero, desde mi perspectiva, era la manera en que él sabía compartir con los demás su presencia y su autoridad puesta en servicio.

Su larga permanencia, asumiendo diversas responsabilidades institucionales, se debió, en buena medida, a su convencimiento sobre las posibilidades que el Cetys ofrecía

a la comunidad –lo cual él pudo constatar en su propia vida– y que, para ello, había que construir, que consolidar, que transformar, y que todo ello era posible. Lluis Duch escribió que donde no hay confianza, los procesos de transmisión se tornan irrelevantes, y pasan de la superficialidad a la desorientación e incluso a la desesperación. En algún sentido, se convirtió en un factor de estabilidad institucional, creando confianza en que los proyectos avanzarían y sirviendo como un elemento de orientación. En su larga trayectoria como directivo, facilitó la integración de equipos, ayudó a enfocar objetivos, recalcó en innumerables momentos la coherencia entre las acciones y la filosofía institucional, y se convirtió, en un punto de referencia dentro y fuera de la institución. Dentro, con una indiscutible autoridad moral, y fuera –por ejemplo, en la Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior– como un transmisor de saberes experienciales, siempre dispuesto a compartir lo que sabía sobre educación superior.

El Ing. Montañez fue entendiendo que en educación hay que trabajar todos los días, pues múltiples respuestas se tienen que dar cada día, pero al mismo tiempo, e incluso aunque puede sonar paradójico, hay que saber esperar el momento oportuno. Siendo ingeniero, captó muy bien que los procesos de las personas son diferentes a los procesos de la industria; estos últimos pueden ser cronometrados con mucha precisión. En cambio, cuando se trabaja con seres humanos, la clave para obtener resultados es saber interpretar el tiempo, siempre tan variable como la rica diversidad humana. Este punto, aparentemente simple, es clave para captar cómo este hombre fue generando vínculos con personal de la institución, y con el sistema de educación superior en el país. Parafraseando una expresión de Leroi-Gourhan, como ingeniero, entendió que en educación es extremada-

mente sano que la ciencia de formar al ser humano sea la más interdisciplinar de todas las disciplinas.

De los hombres, se puede esperar lo infinitamente improbable, señaló en alguna ocasión Hannah Arendt, y éste es un excelente ejemplo de ello. Ángel, el joven salido de Palaco, que llegó al Cetys sin tener dinero para inscribirse, ni una máquina de escribir para llenar la solicitud, llegó y se quedó; estudió y creció; progresó y dirigió; y en ese trayecto, compartió. Lo infinitamente improbable, cobró vida, y si bien estas palabras no pueden reflejar toda esa transformación, ayudan a captar parte de ese nacimiento que fue posible por la educación.

Los seres humanos, para madurar, debemos aprender a darle sentido al tiempo, y uno de esos sentidos posibles es de lo festivo. Y lo festivo es poner la mirada en el otro, y compartir con él, desde lo vivido, una utopía de futuro. Eso hace Ángel Montañez Aguilar, al compartir con nosotros este momento festivo, viendo el tiempo en el que un hombre se retira del Cetys Universidad, luego de una trayectoria de 58 años, para seguir construyendo su futuro, para seguir explorando nuevas vueltas en el laberinto de su vida. Es un tiempo festivo, que permite reunirse con él, religar las experiencias con nombres y rostros, algunos presentes, otros avanzando en sus propios laberintos y unos más que ya no se encuentran entre nosotros. Es tiempo festivo, porque, aquí y ahora, se puede constatar que el hombre maduro, la figura ligada a la institución por seis décadas, se retira en el momento oportuno, con una mente lúcida, con proyectos realizados que han dado frutos, y con un corazón lleno de nombres con los que sigue y seguirá ligado.

MONTA

Sonia Bacha
Directora de Administración
del Sistema de Acreditación (FIMPES)

Comenzaré contando que soy una florecita de pavimento, y no de cualquier pavimento, sino de la Ciudad de México, esa que hasta hace unos años se llamaba Distrito Federal. Introducir la historia de alguien que vive a 2 600 kilómetros de ese pavimento, puede parecer algo muy complicado y quizá, más que complicado, aventurado. Entonces, ¿cómo fue que acabé conociendo y queriendo a una persona a tantos kilómetros de mi reducido y delimitado universo?

Eso sólo pudo ocurrir gracias a que Ángel Montañez es la persona más generosa que he conocido en este complicado mundo de la educación superior. Su profundo conocimiento de las personas, de los procesos y de las instituciones a las que siempre ha puesto al servicio de todos aquellos que quieran aprender. Siempre modesto y atento en su escucha, nunca se ha permitido intervenir en la lucha de egos, un mal común en el ambiente universitario. Siempre ha estado al pendiente

de las dos causas que él mismo define como el motor de su vida: su familia y su trabajo.

En el ámbito laboral, al centro y al frente está su querido Cetys, a través del cual define su propia vida y su crecimiento desde que logró despegar de la precariedad en su juventud. Quiere al Cetys como nadie, lo conoce y ha trabajado por él hasta convertirse él mismo en un ícono, en una de esas raíces que le permiten a un árbol crecer y desarrollarse. No me queda duda de que, sin el trabajo discreto pero constante y perseverante del protagonista de este libro, no se entendería hasta dónde ha llegado nuestra querida universidad.

Él me enseñó a conocer el Cetys, cuando trabajamos en infinidad de proyectos de acreditación, permitiendo que me acercara desde el interior. Con su "vena de docente" preocupado y ocupado en que todos los jóvenes tuvieran una oportunidad de estudiar y lograr la movilidad social que los ayude a vivir mejor tal y como él lo ha logrado. El objetivo es que los alumnos puedan repetir en su propia trayectoria universitaria su experiencia personal en la que "se materializó lo que quiso ser" desde el alba de su vida.

Cuando comencé a conocer a los integrantes de la comunidad del Cetys, escuchaba de todos sus cercanos cómo él contribuía en su formación desde el trato y el trabajo cotidiano y cómo apoyaba el crecimiento de compañeros como Jessica o de Alberto. Desde entonces quise ser parte de los *hijos* de Monta. Algún tiempo después, me enteré que él decía que yo no era parte esos *hijos*, que más bien me veía como su hermana, y eso me hizo quererlo más y seguir aprendiendo de la calidad educativa aplicada a diario en una institución educativa.

Entre las muchas asignaciones que tuvo Ángel como asesor de rectoría, destacaría la relación del Cetys con la fimpes, en el ámbito de la calidad educativa. Y como todo

lo que desarrolló, siempre fue un excelente compañero y al final el decano del Sistema de Acreditación. Por su desprendimiento y cualidad de compartir, a muchos de nosotros nos puso en contacto con la experiencia adquirida por el Cetys en su trayecto por lograr la acreditación internacional. Notable su trabajo desde la Copeasa, pues contribuyó a actualizar el Sistema de Acreditación, inyectando siempre esa mirada humana, pero también el inmenso deseo, que nuestros estudiantes alcancen una preparación que les permita competir en otros lados del mundo.

Un hombre respetuoso y responsable involucrado con la educación desde la calidad, un asesor de Rectoría que guarda en sus carpetas la historia jamás contada del Cetys, que tiene una memoria excepcional y que genera una entrañable cercanía que surge desde la sencillez con la que trata a todos aquellos que tenemos la suerte y el privilegio de trabajar con él.

No olvidaré una comida de Día del Maestro, que se festeja tradicionalmente con una paella en un sábado de mayo. Ese año me invitaron a unirme a la fiesta y, para mi sorpresa, el evento se llevó a cabo en un jardín. ¡Cómo se divirtió Ángel, con el color de mi cara y el sentimiento de que me derretiría con ese calor desértico que hace sentir que te fundirás con el suelo hasta formar parte del paisaje! Y Ángel, como siempre, salió a defender a su adorado Mexicali, que yo creo que es otro de sus grandes amores.

Ese día me dijo: "Si no hace tanto calor, hubieras venido la semana pasada y ahí sí realmente hacía calor", una de las grandes frases de los mexicalenses, y me recordó otra: "Deberías venir después del 15 de septiembre, ahí ya no hace calor". La experiencia me ha enseñado que ninguna de las dos son realmente aplicables para los que nacimos y vivimos en los templados climas del centro del país, pero vaya que

decirlas los hace sentirse muy cómodos con esa ciudad que nadie se explica cómo pudo ser colonizada.

Así, a través de tan generoso caballero, llegué a tantos kilómetros de distancia y a tantos grados centígrados por arriba de lo que un común mortal puede soportar y, por supuesto, a querer y conocer al Cetys, y a tratar de contarle un pequeño girón de la historia de nuestro querido Montañez.

EL DESPERTADOR DE LA CONCIENCIA

Francisco Chávez López
Director de Operación Académica, campus Mexicali

Sin duda, una de las figuras que forma parte de los cimientos de la filosofía educativa y de la vida del Cetys, es el Ing. Ángel Montañez. Gran parte de la normatividad, reglamentos y procesos, se derivan de su contribución. Algunos los inició desde la nada y en algunos otros se volvía el auditor ideal para revisar cualquier propuesta.

Me pongo a pensar y creo que son incontables todas las aportaciones que ha hecho al Cetys, como profesor y como directivo. Cuántas situaciones le habrá tocado vivir; cuántos proyectos que desarrollar; cuántos problemas que resolver; cuántas opiniones y sugerencias que dar, que seguramente contribuyeron a fortalecer el trabajo de cada rector con los que colaboró y que han logrado que el Cetys sea lo que es en estos momentos.

Hombre de una gran templanza, responsable, trabajador, honesto, recto y culto; con una gran sabiduría y experiencia, pero a su vez, lleno de una gran sencillez; siempre

con una gran capacidad de servicio, de escucha y empatía, y con un gran corazón; se volvía continuamente el despertador de la conciencia, el consejero y orientador confiable y objetivo para muchos de nosotros que tuvimos el privilegio de trabajar a su lado. Eso sí, siempre dejando en uno la toma de decisión final ante una situación o problema planteado, fuera de trabajo o alguna cuestión personal, diciendo: "Esto es lo que yo veo, pero tú debes decidir".

Padre ejemplar de una gran familia que, junto a su esposa, pudieron ir construyendo al paso de los años, basada seguramente en sus principios y valores, y en la congruencia de vivirlos cada día, lo que ha permitido a sus hijos desarrollarse de la misma manera.

Tuve la dicha de que el Ing. Montañez fuera mi jefe, siendo él Director de Servicios Educativos, y yo, Director de Operación Académica. Verlo en acción para mí ha sido uno de los mayores aprendizajes que he tenido en mi vida, no solo en lo laboral, sino en lo personal. Y hasta el día de hoy es para mí un referente a la hora de tomar una decisión y de actuar. Por otra parte, también tuve la fortuna de que fuera mi profesor en la maestría, en una clase que era sobre Administración de Compensaciones, ¡uno de sus meros moles!

Hoy en día, aún nos llegamos a encontrar en varias ocasiones, y eso me genera mucho gusto y alegría, sobre todo verlo lleno de energía (tanto así que ya anda corriendo carreras de 10 km y medios maratones, hasta en eso poniendo el ejemplo) y con su misma amabilidad, sencillez y trato que lo caracteriza. No me queda más que darle gracias a Dios, por permitirme haber coincidido en este caminar de la vida con el Ing. Montañez.

¡Mi cariño, agradecimiento y admiración por siempre!

EL HOMBRE DE BIEN

Mauro Chávez López
Director de Desarrollo Académico

Recuerdo haber conocido al Ing. Montañez cuando él era Director de Preparatoria de Cetys, a finales de la década de los setenta, siendo yo estudiante de ingeniería. El Ing. Ezequiel Rodríguez (Papús), que en paz descanse, en esos años Director de la Escuela de Ingeniería, me dijo un día: "Hay varios profesores de preparatoria que necesitan un corrector de tareas. Cómo ves, ¿le entras?" Acepté con gusto. Posteriormente supe que entre algunas de estas tareas que calificaba, unas pertenecían a una clase de matemáticas que impartía o coordinaba el Ing. Montañez… es probable que no lo recuerde. Fue mi primer contacto con él en sus años de directivo y docente. Posteriormente, en 1981 me convertiría en profesor de Ingeniería de Cetys, invitado por Papús, mi gran mentor y quien me compartió en ese tiempo, la excelente relación que él mantenía con el Ing. Montañez, pues habían sido muy buenos compañeros de generación. Recuerdo que en aquel entonces me dijo: "Monta es muy brillante para las matemáticas".

Tengo presente al Ing. Montañez en su responsabilidad en la Dirección Educativa de la institución, durante las décadas de los ochenta y noventa. Su presencia fue relevante en múltiples reuniones académicas en la Escuela de Ingeniería, en la cual yo era profesor de tiempo completo. Su participación en estas reuniones, compartiendo los grandes planes y proyectos académicos en los que deberíamos estar trabajando para el desarrollo y crecimiento de la institución. Yo sentía siempre la presencia del Ing. Montañez, como una persona con gran conocimiento de la educación en México, conocedor de las necesidades educativas de Cetys y, sobre todo, con un gran compromiso con el desarrollo de la institución. También tengo muy presente su gran aportación en la creación y formulación de importantes procesos, sistemas y lineamientos que permitían la gestión del trabajo académico, resaltando entre estos el diseño del Sistema de Evaluación del Profesorado, la normatividad sobre las funciones del profesor, la formulación de diversos reglamentos institucionales. En todos ellos, siempre estaba presente su capacidad analítica y ordenada para organizar el trabajo académico. Por otra parte, no puedo dejar de mencionar también, su amable y agradable presencia en nuestras inolvidables reuniones de convivencia de profesores en casa de Papús, a las cuales lo invitábamos con frecuencia y en donde tuvimos una gran convivencia.

Sin duda, una de las principales contribuciones del Ing. Montañez en el desarrollo de Cetys, ha sido su indiscutible presencia como guía y mentor de muchas personas que hemos dedicado nuestra vida profesional al impulso de la misión del Cetys. Su liderazgo, su conocimiento, su paciencia, su capacidad de escuchar y su presencia inspiradora, nos han permitido, en múltiples ocasiones, tener un acercamiento con él para hacerle alguna consulta importante, en donde su opinión o recomendación resulta de alto valor para nuestra decisión.

Hablar de las cualidades personales del Ing. Montañez es referirse a un hombre de bien, a un hombre sencillo, a una persona honesta, íntegra y de altos estándares éticos. Es hablar de una persona comprometida y congruente con los valores de la familia. Hablar de él, es referirse a una figura inspiradora, con gran vocación de servicio, comprometida con la educación, con la filosofía educativa del Cetys y con la formación integral de las personas.

Sin duda, el Ing. Montañez ha sido uno de los pilares del Cetys, para hacer realidad el cumplimiento de su misión educativa. Las condiciones distintivas actuales de la vida académica del Cetys reflejan el resultado de la entrega, el trabajo, la pasión y el compromiso académico del Ing. Montañez durante la mayoría de los años de vida que tiene la institución. El trabajo realizado por él, ha dejado profunda huella en las distintas generaciones de egresados.

Muchas gracias, ingeniero, por su apoyo y gran enseñanza en mi vida.

¡Mi admiración, gratitud, respeto y cariño para usted siempre, Ing. Montañez!

Destellos desde el crepúsculo:
Trayectoria de Ángel Montañez Aguilar en Cetys Universidad
se terminó de imprimir en diciembre de 2021 en los talleres gráficos
de Comersia Impresiones, www.comersia.com.mx.
El cuidado de la edición estuvo a cargo del Programa Editorial
de Cetys Universidad.
El tiraje consta de 300 ejemplares.

Este es un libro sobre Ángel Montañez Aguilar, el hombre que posee dos récords no oficializados en la historia de Cetys Universidad. El primero: trabajó 52 años para la institución. Nadie se acerca a esa cantidad. El segundo viene como consecuencia: a los 77 años todavía tenía un vínculo laboral. Ningún empleado en Cetys ha alcanzado esa edad siendo un trabajador.

Una persona con ese largo kilometraje recorrido, tiene mucho que contar; y si su memoria guarda destellos de lozanía y recuerda hasta los dedos manchados por el aceite el día de su boda con Alicia, entonces el quehacer resulta sencillo. Preparamos preguntas para cuatro encuentros, y lo dejamos hablar. El hilo trenzado de toda la conversación fueron tres grandes territorios: él, su familia, el Cetys.

Así, durante cuatro capítulos conoceremos la vida personal y el Cetys en la década de los sesenta; su familia y su trayectoria como profesor y directivo en la década de los setenta; al ascenso al liderazgo académico en los ochenta y noventa; y la transición al siglo xxi en la Institución. Añadimos una reflexión en primera persona, contada por él mismo, del significado de estar ligado 58 años al Cetys, sus sentimientos más profundos y, subrayando la importancia de su felicidad: su familia, esposa, hijos y nietos. Y cerramos esta edición especial con algunos testimonios de personas que lo conocen en el ámbito laboral y lo quieren mucho, como se quiere a un gran mentor.

EDITORIAL CETYS UNIVERSIDAD

CETYS UNIVERSIDAD